

Antología de Cuentos Infantiles III

Editorial Cuenteros, Verseros y Poetas

Escrito, corregido y editado en el
Pabellón N°4 de la Unidad de máxima
seguridad N°23 de Florencio Varela

Editorial Cuenteros, Verseros y Poetas

www.cuenterosyverseros.com.ar

www.facebook.com/cuenterosyverseros

~ Libro de distribución gratuita ~

**Este libro compila relatos que tienen
por protagonistas a nuestros hijos.**

**Con estas palabras les regalamos
cultura, valores y sueños.**

Blanca flor de jazmín

En un enorme palacio vivían dos princesas, Dana y Lihuel. Todas las mañanas abrían las puertas de su balcón para disfrutar y apreciar el perfume de las flores. No muy lejos del palacio, una niña llamada Sahiel, que era la jardinera, día a día regaba, acariciaba y besabas sus plantas. Un mañana, mientras arreglaba sus vegetales, se detuvo a respirar ese rico y delicioso aroma fresco de su jardín. Quedándose dormida soñó con flores de muchos colores. Después de un rato, al despertar, sintió el deseo de tener una flor blanca, el color que le faltaba. Al continuar regando sus plantas se sentía tan amiga de ellas que le contaba a cada una lo qué anhelaba tener.

Las flores Amapola, Violeta, Nomeolvides, Alegría y Rosa, entusiasmadas por el anhelo de la niña, decían que sería lindo que una flor blanca se sumara entre los canteros. Muy contenta, Sahiel salió en busca de aquella anhelada flor. Sin haber tenido éxito, con sus manitos vacías regresó. Nomeolvides, que era la más curiosa, le preguntó:

–Amiga ¿tus delicadas manos han traído a esa nueva flor?

–No, amiguitas mías, pero mañana será un nuevo día.

A la mañana siguiente, Sahiel se levantó muy temprano y les dijo:

–Mis hermosas amigas, las dejo un ratito con mi amigo el Sol para que las abrigue con su calor, yo me voy en busca de esa blanca flor.

Caminado por el bosque, la niña sintió una suave brisa que hacía jugar a las hojas elevándolas en el aire, de repente sintió un dulce aroma y su mirada se detuvo a ver entre un montón de ramas secas. Algo se movía, al acercarse, no lo podía creer, ahí estaba la flor que buscaba, que con su perfume invadía su ser, y le dijo:

–No te preocupes, preciosa, te sacaré de aquí.

Con cuidado, usando sus herramientas, con su palita empezó a remover la tierra diciéndole:

–No temas, te regaré con mi agua para que retomes fuerzas. Soy jardinera, con gusto te llevaré con migo, estoy segura que a mis amigas, las flores, le vas a encantar.

Esa hermosa y blanca flor le respondió:

– Me llamo Jazmín, y me encantaría ser parte de tu jardín.

Muy emocionada, Sahiel sacó de su bolsa una maceta, al trasplantarla le dijo:

– Seremos muy buenas amigas.

Cuando regresó a su parque, Sahiel exclamó:

– Hola, mis amigas, les presento a la blanca flor, que junto a ustedes embellecerá mi patio -muy charlatana, contestó Amapola.

– Ya no estaremos más solas, bienvenida Jazmín, ahora florecerás en nuestro jardín.

Mientras que Violeta y Nomeolvides, muy contentas dijeron:

– Bienvenida, junto a nosotras te sentirás feliz - Alegría y Rosa, muy sonrientes, dijeron:

– Seremos una hermosa familia.

Sahiel, maravillada de ver la belleza de sus flores, se hizo muy amiga de Jazmín. Fue tan grande el cariño que sentía una por la otra. Entre charlas y risas, sin importar sus diferencias, se sentían como hermanas. La jardinera

amaba a la blanca flor, limpiaba sus pétalos y sus hojas que dejaban en su piel su rico y hermoso aroma. Las princesas, Dana y Lihuel, atraídas por el aroma de las flores, no dudaron en ir a conocer ese jardín. Acompañadas por dos escoltas, Thiago y Mateo, llegaron y se maravillaron de ver tan precioso lugar.

–Hola, buenas tardes -dijo Sahiel, la jardinera.

–Hola -respondió Dana- mi hermana y yo, vinimos atraídas por el hermoso aroma de tus flores.

–Paseasen, princesas, con gusto las invito a tomar un té, para que disfruten del delicioso perfume de la nueva flor, más blanca y bella, su nombre es Jazmín.

ADRIÁN GÓMEZ FAVRE

EL MONO DE LA PLAZA MALVINAS

Un atardecer en la plaza Malvinas, un mono llamado Titi, hacía reír a los niños y a los adultos asustaba.

Cuentan que era un mono muy divertido y alegre, todo nene que lo veía sonreía, también, que este personaje había escapado de un zoológico, vivía en la calle, pero su lugar preferido era la plaza Malvinas, era su refugio, su felicidad estaba en esos juegos al que concurrían todos los días muchísimos chicos. En cada encuentro con los nenes, lo saludaban muy cariñosamente con un gesto de su mano.

Pero qué felicidad era ver la llegada de algún pequeño para aquel mono Titi, él fascinaba a cualquiera, saltaba sin parar sonriendo, agarrándose sus orejas y girando mucho, hasta hacer reír a esos nenes. Hacía malabares, roncaba, corría, se disfrazaba, se colgaba de los juegos, que eran muchos, trepaba a los árboles y tiraba toda golosina que le regalaban los mismos que jugaban con él; inflaba globos grandes y chiquitos, dependía de qué estatura fuese el niño, se golpeaba el pecho y con los gestos de su mano hacía corazones. También, frente

aquella plaza, había un campo de deporte municipal que tenía cancha de fútbol, básquet, voley y pileta. Al verse solo, cuando nadie iba a su plaza preferida, se cruzaba al campo deportivo y primero miraba en donde había chicos pequeños y se arrimaba a jugar con ellos. El básquet era su habilidad y los nenes se peleaban sanamente por tenerlo en su equipo, para así ganar su partido; quedaba claro que jugaba al deporte que fuese porque donde se veía una pelota él corría.

Pareciera ser el amigo perfecto de cualquier persona, pero la verdad era que tenía otro carácter oculto para con los adultos, y de noche se escondía en los árboles y arrojaba cáscaras de banana y de otras frutas que conseguía sin permiso de las verdulerías. Sobre esas ramas y hojas gigantes, tenía una puntería exacta, no erraba nunca al tirar esas cáscaras de fruta. Los adultos que eran víctimas de su maldad no sabían de dónde venían y se iban enojados.

Hasta que un día, unos muchachos, festejando el cumpleaños de uno de ellos, se dieron cuenta que era el mono de arriba del árbol quien los molestaba, y

decidieron tirarle cuantas cosas que tenían a su alcance e hicieron bajar al Titi y lo corrieron varias cuerdas, fue tan rápido que huyó sin que lo puedan agarrar.

El genio de los chicos se encontraba perdido de su lugar habitual de siempre. Los niños de esa plaza lo extrañaban y con la ayuda de sus padres, no víctimas de sus locuras, de noche hicieron volantes de recompensa por el mono perdido. Pasadas varias semanas... Apareció el monito de los chicos. Ese día fue un gran encuentro, todos los pequeños felices, jugaban, le hacían regalos. Uno tan valioso fue una camiseta del club Islas Malvinas de fútbol con el número 10 que, desde entonces, la lleva puesta. Junto con Titi volvió la alegría al barrio, eso sí, aprendió su lección y más nunca molestó a los vecinos, quienes, de a poco, comenzaron a quererlo tanto como los chicos lo hacían.

Alan García

LA TRAVESÍA DE GASTONCITO

Había una vez un cachorrito hermoso y peludo, de nombre Gastón. También tenía otros dos hermanos, Benjamin e Isabela,

su madre Giannina se ocupaba de cuidarlos mientras que su Andrés trabajaba todo el día para poder alimentar a toda su familia.

Gastoncito era el más travieso de todos. Una tarde de verano, persiguiendo una mosca que lo molestaba mientras dormía placidamente la siesta, llegó hasta una terraza donde, loco por atraparla, no se dio cuenta que estaba a punto de caer hacia una calle que daba a un costado de ese lugar, saltó con todas sus fuerzas y cayó. La mosca lo miró con una gran sonrisa y, para su suerte, debajo se hallaba un carro que transportaba alfalfa, lo que amortiguó su caída.

En ese momento, el dueño del carruaje obligó a su caballo a emprender el viaje. Había tomado mucha velocidad, cuando Gastón quiso saltar; si lo hacía corría el riesgo de romperse todos sus huesitos y salir malherido. A pesar de no haberse herido, se angustió porque se

alejaba cada vez más, y sus ojos se entristecieron al pensar que ya no volvería a ver a su familia. Luego de dos horas de viaje, el carro detuvo su marcha. El hombre comenzó a bajar lo que transportaba, vio a Gastoncito y de inmediato lo atrapó y lo ató con sogas. *"¿De dónde saliste, hermoso cachorro? Ahora vas a ver cuánto te sale querer hacer un viaje gratis en mi carro"*. Lo llevó a la parte trasera de su casa y quedó atado con la misma sogas a un poste, sin agua ni comida. El caballo de color negro también estaba atado cerca de él.

–¿Cómo viniste a parar al carro? -le preguntó el caballo.

–Venía persiguiendo a una mosca que no me dejaba dormir la siesta y caí desde una terraza -el caballo se echó a reír al tiempo que decía:

– Persiguiendo a una mosca, já, já, já, já. Ah... mi nombre es Valentino.

–Me quiero ir a mi casa -dijo Gastoncito con voz tierna y asustada.

– Me temo que estás bastante lejos de casa -replicó Valentino.

–Y vos ¿cuánto hace que estás acá?

– Ya tres años.

–¿Y nunca intentaste escapar?

–A lo primero sí, pero no logré hacerlo, mi amo me agarró y estuve sin comer varios días, así que nunca más lo hice.

–Tu amo es una mala persona, tenemos que idear un plan para escapar.

– Ni lo sueñes -dijo Valentino es muy arriesgado.

– No, si tenemos un buen plan.

Pasaron varios días, hasta que una noche, Gastoncito se pudo desatar, se acercó al caballo que dormía feliz y lo despertó.

–¿Qué estás haciendo, estás loco?

–Esta es nuestra oportunidad, tenemos que huir.

–Estoy atado, señor inteligente.

–No te hagas problema, te voy a soltar.

–Si nuestro amo nos llega a descubrir, nos castigará de por vida.

–Tu amo debe ser, porque mío no lo es, hace un buen tiempo que me tiene aquí atado y ya me largo.

Una vez que lograron salir, tomaron algunas cosas que les serviría para el viaje. Encaminados a su tan ansiada libertad, se preguntaron cómo harían para llegar a la casa de Gastón.

–Recuerdo un atajo que nos llevará -dijo Valentino.

–¡Espero que podamos lograrlo! -exclamó Gastoncito.

–También sé de un lugar donde nunca hace hace frío, es una súper ciudad que tiene un parque de diversiones, parque acuático y playas de arenas blancas con el mar cristalino, el paraíso hecho realidad para nosotros, así que apresurémonos.

–Valentino, no te enojés, pero primero quisiera lograr encontrar a mi familia y luego junto a ellos, sí estaría bueno poder conocer ese magnífico lugar.

–No hay problema, allá vamos compañero.

Luego de varias horas de viaje, el hambre, cada vez era más fuerte. Pasaron por la parte trasera de un bar donde sacaban la basura, buscaban algo de comer para poder continuar con el viaje, cuando, sin darse cuenta, se les acercaron varios gatos y también unas ratas con palos

para golpearlos, diciéndoles que ése era su lugar, toda la comida que había allí les pertenecía a ellos y su familia.

–¿Quiénes son ustedes, forasteros?

–Sólo tomaremos unos trozos de comida y nos marchamos, sólo eso. Estuvimos secuestrados y pudimos escapar, ahora estoy buscando a mi familia -dijo Gastón, con un pelaje irreconocible de la mugre que tenía.

Del otro lado de la ciudad, la madre, el padre y sus hermanos buscaban a su querido Gastón, hasta llegaron a poner carteles con una selfies que el cachorro había dejado en su celular. Ahora todo su barrio estaba tras el cachorro perdido. Mientras, los amigos seguían con su travesía para regresar a su hogar. Se encontraron con que tenían que cruzar un río, no la tenían fácil, pero Valentino dijo:

–Mirá, te subís arriba mío y lo pasamos juntos.

Casi al llegar al otro lado, el caballo se torció la pata con una piedra y Gastoncito cayó al agua. Se lo llevaba la corriente hacia una gran cascada que había más adelante. Gastón, desesperado, nadó con todas sus fuerzas, pero no podía llegar a la orilla. Valentino tomó una rama, corrió

hasta llegar a la altura que estaba su amigo, el cachorro no lograba sostenerse y siguió cayendo, estaba cada vez más cerca de caer en esa cascada. Valentino, desesperado volvió a intentar, y ésta vez, a tan sólo dos metros, Gastón se aferró a esa esperanza llamada *rama de un árbol*.

Anduvieron por largas horas soportando el frío y el viento, hasta que encontraron una cabaña abandonada en las afueras de la ciudad. El interior era cálido y en la cocina los amigos encontraron comida para calmar su hambre de dos días.

–¿Qué te gustaría comer? –preguntó Valentino.

–Milanesas con puré -dijo Gastoncito- mí mamá me preparaba las mejores del mundo. Mmm... de solo pensar se me hace agua la boca.

–Dejame ver qué puedo hacer por vos.

De pronto, apareció una perra furiosa, gruñendo y mostrando sus dientes a los intrusos que recién llegaban, la perra cambió su aspecto y se quedó mirando fijamente a Gastón.

– *Hijo mío* -dijo la madre al reconocer a su cachorro perdido, y se abalanzó para llenarlo de mimos y caricias.

Gastoncito estaba confundido, pero al reconocer el olor de su madre, se alegró mucho y, en poco tiempo, llegaron sus hermanos, Benjamin con Isabela que habían crecido como él. A Valentino se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción de la familia que se pudo reencontrar.

–*Te presento a mi mejor amigo* -le dijo Gastón a su madre- *¿se puede quedar a vivir con nosotros?*

–*Claro que sí, hijo mío, ¿cómo te fuiste sin avisar?, no llevaste ni tu celular, nos abandonaste, te buscamos desesperadamente por todos lados.*

Entonces, fue que Gastoncito le contó lo que había pasado y todos se pusieron a reír al tiempo que decían, queriendo atrapar una mosca, *Já, já, já, já.*

Alexander Rodas

MISTERIO EN BUENOS AIRES

En la provincia de Buenos Aires, precisamente en el partido de Lomas de Zamora, vive Sebastián, un nene de once años, con el cabello castaño tirando a rubio y unos ojos marrones claros, pero por sobre todo, muy inteligente, que se encuentra al cuidado de su mamá, Noelia, de veintinueve años y de su abuela Gladis. Noe, como le dice su hijo, es una mujer que se esmera para que a su bebé no le falte nada. Su tío Pipi, un joven morocho de cabeza grande y muy fiaquento, escribió un libro de misterio con criaturas monstruosas para que su sobrino se entretenga. Un día, jugando en el bosque con sus tíos, Vale y Nicolás, encuentran un artefacto que le da vida a las cosas no reales, pero los nenes, entretenidos con el aparato y pensando que era una linterna, lo abren y comienza a salir una luz muy fuerte y brillante; entonces, ellos, asustados lo cerraron. A la noche siguiente se encuentran con el cuento en el bosque, y como no se veía nada por la oscuridad, deciden alumbrar con el objeto encontrado. Una vez que lo abrieron, un viento fuerte y una luz radiante se apoderan del lugar. Presos del miedo, dejan el libro y el artefacto en el medio del bosque, en ese momento empiezan a cobrar vida todas las criaturas de aquella fantástica historia, quienes se dispersan por todo el bosque. Al día siguiente, Sebastián, se va con su tío a hacer las compras, y en medio del camino se cruzan con

animales muertos; al seguir el paso, en el campo de al lado, también ven lo mismo: animales muertos. El olor a podrido se percibe por doquier. Volviendo de hacer sus compras, Pipi le comenta a Noelia lo que vio; el nene, al escuchar la charla de su tío con su madre, decide contar la travesura ocurrida.

- *Tío, tío: anoche, jugando con ese libro que vos creaste, como no veíamos nada, decidimos abrir una caja que parecía una linterna, que encontramos el otro día, (o sea el artefacto) y éso le empezó a dar vida a las criaturas monstruosas del libro. Creo que ésa es la causa de los animales muertos del bosque y el olor asqueroso que se percibe* -el tío le pregunta:
- *¿Dónde está el libro y esa linterna?, ¿por dónde los dejaron tirados?* -uno de los chicos le dice:
- *En el bosque, al lado del árbol grande, ese que nosotros conocemos como el ombú.*

Sin perder tiempo, salieron todos a buscar los objetos. Al encontrar la obra creada por su tío, ven que la mayoría de las criaturas no estaban. El tío Pipi agarra el libro, el aparato y salen a caminar por el bosque en busca de aquellas criaturas. Mientras andaban, se topan con una de las bestias antes mencionadas, se trataba de un dragón de dos cabezas, con su boca llena de sangre y muy furioso; el tío, al ver el monstruo, deja el cuaderno abierto en el piso y lo empieza a alumbrar con el artefacto para que ese animal volviese al lugar de donde

salió, y así, se pasaron toda la noche buscándolas... una por una, hasta devolverlas al sitio de donde nunca tendrían que haber salido.

A la noche siguiente, después de la cena, Sebastián se retira a su cuarto a dormir, el nene, que no podía pegar un ojo, dando vueltas en la cama, mira para la ventana y ve a una de esas criaturas mirándolo; por lo que decide acercarse. Aquella bestia era semejante a un ser de otra galaxia, delgada, con una prominente cabeza, ojos saltones, sólo contaba con tres dedos por mano; pero, a pesar de ésto, el niño no tuvo miedo; para su sorpresa, la criatura dominaba muy bien la lengua terrestre, y a pesar de su aspecto, parecía cordial. Ésto fue fundamental en la relación que, desde ese mismo instante, entablaron, lo que se hizo costumbre noche tras noche.

Aquellos momentos, para Sebastián, fueron algo fantásticos, porque logró conocer a su nuevo amigo y no tenerle miedo. De esa manera no pasó una noche sin que juntos cometieran las travesuras más disparatadas que pudieran imaginarse. Los momentos que compartieron fueron muy especiales. Wilon, (así decidió llamarlo), les contó sobre el lugar donde vivía, narrándoles historias asombrosas sobre la infinidad de sitios que supo conocer.

Pero una noche, Wilon, no vino a la cita que mantenía con Sebastián, ni a la siguiente, ni tampoco la que continuó a ésta.

Ya, preocupado, el nene, tras la emoción por lo que estaba viviendo, olvidó que su tío, aún, seguía atrapando a los personajes de su historia y los devolvía al cuento.

Esto causó una inmensa tristeza en el niño que, entre llantos y angustia, habla con su tío para pedirle que, aunque sea, Wilon pudiera quedarse; pero Pipi, con mucho pesar, supo explicarle a su sobrino que era necesario que volviesen al sitio de donde salieron porque los humanos no estaban preparados para convivir con aquellos extraordinarios personajes, porque los verían como un peligro. Luego le dice:

– Entiendo que Wilon pasó a ser importante para vos y que le tomaste un gran cariño, y es por ese mismo amor, que tenés que ser consiente de que corre peligro quedándose, y creeme que no hay mejor lugar para él que su propio mundo.

Aunque le resultó duro lo que su tío le dijo, Sebastián entendió que Wilon y los demás personajes sólo podrían perdurar en aquel majestuoso cuento y, además, de esa manera siempre los tendrían cerca, sin que nadie pudiera dañarlos y ellos tampoco harían ningún mal...

FERNANDO AGUIRRES DIAZ

NATUTO Y LA CHISTORRA

Era un día lunes 10 de abril, estaba todo el panorama templado, cuando escuché un sonido, tan, pero tan hermoso. Fueron como diez arpas juntas sonando en medio de mi casa, de pronto eché un vistazo y me encontré con un niño muy alegre. Al verlo me hizo recordar cuando yo era un peque.

Él me decía que en su mundo todo era un juego, yo le decía que no, sólo para fastidiarlo, jé, jé, pero insistía en que sí, hasta que me hizo ver una Chistorra. Natuto me dijo:

- *Ella, es mi amiga, y se llama Chistorra, ¿no es gracioso su nombre? Hace muchos sonidos con sus alas* –la señora Chistorra se dio cuenta que estaban hablando de ella.
- *Ey, ¿por qué no hacemos algo divertido antes de mirarme y reírse? Jé, jé* –sonrió Chistorra muy contenta a Natuto.

De pronto le preguntó a Natuto:

- *¿Él quién es?* –la miró desafiante y respondió:
- *Es mi tío Tutti, siempre está a mi lado* –Tutti quiso saber:
- *Chistorra, ¿por qué acá todo es diferente?*
- *Porque acá somos muy felices con la música, con mis alitas y mis sonidos les inspiro confianza a los niños. Todos quieren llegar a este lugar, pero no pueden.*

- *¿Y por qué? –volvió a preguntar Tutti.*
- *Para llegar hasta acá, primero tienen que pelear contra el Chapi Alas de Fuego, él no permite que ningún humano llegue a este lugar, cuida nuestras canciones y nuestros sueños, y ustedes ¿cómo hicieron para llegar sin pelear con él?*
- *¿Quién dijo que no peleamos?, tu Chapi Alas de Fuego fue quien*

nos ofreció venir, después de empujarlo en el Estanque de los Sueños. Al caer ahí sus alas se apagaron, jé, jé, me pidió por favor que lo saque, que estaba fría el agua.

- *Wauuu, es la primera vez que escucho esto.*
- *Lo ayudé y nos trajo, luego le pedí que me perdonara, que fue sin*

querer, que no lo quise empujar, es que me dio miedo y lo arrojé al Estanque de Sueños. Me pidió que no dijera nada, pero no puedo mentirte, sos la amiga de Natuto y yo su tío. Ahora que estamos, ¿nos podés contar un poquito más sobre este lugar hermoso?

- *Este lugar fue creado sólo para soñadores, y toda criatura que*

tenga vida tiene un lugar acá para guardar sus sueños, su música y su talento. El Chapi que empujaste al estanque fue muy piadoso con ustedes, bien que lo agarraron distraído, porque sino los hubiera consumido con su fuego. Él peleó contra grandes Cíclopes, que se apropiaban de todas las

aguas de todas las ciudades, fue un gran vencedor y ahora está vencido por ustedes, con un simple empujón. Nadie tiene que descubrir que el Chapi fue derrotado o sino perderemos nuestra canciones y nuestros sueños, no solo los nuestros, sino los de todos.

Natuto se ofreció con Tutti a pelear junto al Chapi contra todos los Cíclopes que venían de todo el mundo, y conquistar toda clase de poderes sobrenaturales que viene con los cíclopes. El niño y su tío fueron preparados para pelear contra ellos.

- *Sólo hay un ogro malo y feo que tenemos que vencer* –dijo la Chistorra.
- *¿Y cómo es su nombre?*
- *Es Balta y compra toda clase de aguas, piedras preciosas y música, para luego destruirlas.*
- *Tenemos que hacer algo* –dijo Tutti.
- *Sí, tenemos que atraparlo y tirarlo al estanque, creo que esta vez no va a ser fácil* – comentó Alas de Fuego.
- *Hagamos un plan, invitemos al ogro a comer y atémoslo* –murmuró uno de ellos.
- *No, no, primero mandémosle una carta pidiéndole paz y sino quiere, usaremos todos nuestros poderes que ganamos en grandes batallas* –murmuró Chapi

Esa misma noche, entre los tres ofrecieron una carta pidiéndole paz al ogro. Balta recibió el mensaje pidiendo la tregua, por las aguas de sueños de la Chistorra y su amigo

Alas de Fuego. Al recibir la carta, no le gustó nada la propuesta, pero se acercó a ellos para decirles:

- *Yo también me ofrezco a cuidar de las aguas, mis padres cuidaron de ellas y mis antepasados pelearon junto al Chapi Alas de Fuego. Ahora estoy dispuesto a dar mi vida para cuidar de todos nuestros sueños –* asombrados por las palabras del ogro, Tutti pegó un grito diciendo:
- *¡Hay que festejar, ahora todos seremos felices junto a Natuto la Chistorra, Chapi y el ogro!*

Brian Domínguez

Esto va dedicado, a mis críticos preferidos: Nataniel, Ian, Benjamin, Morena, Agostina, Isaías, Miqueas.

Un Angelito

Todos corrían en el rancho, cuando a don Jacinto se le escucharon los gritos saliendo desde una pequeña caballeriza, llamando a su hijo José para que lo ayudase con una yegüita a parir, que estaba teniendo su cría antes de tiempo. Dos días antes se cayó a un pozo y, a raíz de éso, se le adelantó el parto. Se llamaba Pocha y era un amor, una yegüita que medía ochenta centímetros, tordillita, bien blanca, como un papel, sus crinas y su cola eran tan largas que, cada vez que caminaba, iba barriendo el piso. Siempre hacía caso, también se hacía entender, cuando molestaba era por que tenía sed o hambre. Ella era la más vieja de la tropilla de unos ocho petizos que criaba la familia. Mientras don Jacinto y su hijo ayudaban con el potrillito, Diana y Benjamín estaban espiando por las rendijas de la pared lo que ellos hacían. Tenían cuatro años, eran los mellizos de José, éstos se asustaron y salieron corriendo para adentro de la casa. Su abuela, Alicia, estaba sentada en el sillón tejiendo una bufanda, sin sacar su mirada de lo que hacia, les preguntó:

-¿Qué les pasó a ustedes dos? -ninguno de los dos contestaron.

Luego entró el abuelo con la cara triste, con un trapo secándose las manos, y diciendo:

-Vieja, se nos murió la Pocha, no aguantó -todo se quedó en silencio.

La abuelita dejó lo que estaba haciendo, se levantó con los ojos llorosos encerrándose en su pieza. Le hizo mal escuchar esa mala noticia, los chicos fueron a ver qué estaba pasando con el recién nacido, su papá lo estaba envolviendo con una frazada, los hermanitos preguntaron:

-¿Está bien? -él les contestó:

-Por ahora sí, pero tenemos que conseguirle urgente leche materna para que se alimente y pueda vivir, voy a ir al campo de los Pereira, ellos también crían caballos, son los únicos que pueden ayudarnos, salgo urgente porque es tarde, no es cerca, y se acuestan temprano.

Los chicos estaban cenando, habían pasado tres horas desde que Jacinto y José salieron, entonces preguntó Benji a su madre:

–¿Habrán conseguido la leche para Arturito? -ella le contestó:

–Esperemos que sí, hijo, bueno, vayan, cepillensen los dientes... y a la cama.

Antes de acostarse, los mellis, como todas las noches, rezaron; esta vez lo hicieron especialmente por el potranquito. Durmieron profundamente, pensando si el huerfanito sobreviviría sin su madre para alimentarlo, en sus sueños se le presentó un niño bien rubiecito con una corona brillante que le flotaba sobre su cabeza, de la espalda lo sostenían dos grandes alas, era un angelito, les dijo:

–Soy Miguelito, Jesús escuchó sus oraciones, me envió a traerles el mensaje de que los va ayudar a que Arturito viva -Diana le preguntó:

–¿Cómo? -el ángel les sugirió:

–Tienen que ir por ese camino, derecho, hasta la segunda montaña que se ve allá -con un dedo les señaló hacia el norte y les preguntó:

–¿La ven? -Benji le contestó:

–Sí, la vemos.

-En esa montaña hay, debajo de una roca, una rajadura de la que brota la leche que ustedes necesitan, tienen que apurarse y volver con ella antes del amanecer, sino, no lo van a poder salvar -luego, Miguelito desapareció.

Ellos caminaron horas y horas para llegar hasta a esa gigantesca montaña, era muy alta, se formaba de rocas iguales, le nena le dijo al hermano:

-¿Cómo vamos a encontrar lo que vinimos a buscar, si todas las rocas son idénticas en color y tamaño? -se quedaron pensando un momento en qué era lo que deberían hacer y el nene dijo:

-Pidamos ayuda a esos animales que nos están mirando -se acercó hacia ellos, los que se escondían atrás de unos arbustos.

-Hola -uno le contestó:

-Hola -salió de su refugio, era un oso y les preguntó:

-¿Qué hacen acá ustedes? -Benji se adelantó.

-Estamos acá, con mi hermana, en busca de una leche especial que nos ayudará a salvar nuestro pequeño caballito. En pleno parto perdió a su madre, sino regresamos antes que amanezca, lo perderemos -entonces

todos los animales que existían vinieron y empezaron a buscar.

Pasaron las horas, el tiempo se acababa, hasta que a lo alto se escuchó una voz muy finita y bien despacito, todos se quedaron en silencio para tratar de oír lo qué intentaba decir el canario Vicente. Como estaba muy alto, Alberto, el palomo, abrió sus alas, salió volando hasta allá arriba y a los segundos descendió rapidísimo para avisarles a todos que Vicente encontró debajo de una roca la corteza de la montaña donde salía leche. Subieron todos casi hasta la cima. Los chicos cargaron sus frascos, al bajar, notaron que volver les llevaría mucho tiempo, no sabían si lograrían llegar antes de despertarse. De repente, escucharon un relincho, se les acercó un caballo bien blanco, hermoso y reluciente, los acariciaba con la cabeza y les preguntó:

–Chicos: ¿no me reconocen? soy Pocha, suban yo los voy a llevar –y salieron a todo galope.

Los animales les desearon mucha suerte, en el camino, ella les agradecía todo lo que hacían por su hijo. Entró su madre a la pieza y les dijo:

–Vamos, levántense y vengan a la mesa, ya les estoy preparando el desayuno -ellos se levantaron como si nada hubiese pasado.

Mientras tomaban su té con pan casero, entró su abuelo, con cara de contento, los saludó con un buen día, y comentó:

–Les tengo buenas noticias, el potrillito, milagrosamente, está bien, a pesar de que su papá, anoche no pudo traerle la leche, porque unas de las yeguas, la única de don Pereyra que daba leche, estaba enferma -los mellis salieron corriendo y fueron a ver a su potrillito Arturito.

Desde entonces, Arturito jamás se enfermó, vivió por muchísimos años gracias a Diana y Benjamin. Hoy ellos son abuelos, sus nietos son felices cómo lo fueron ellos...

César Bordón

CAMINANDO EN LA TARDE

Esta historia que quiero contarles se trata de una linda criatura que apareció en una casa de campo. Aquella mañana de mucho calor, cuando el sol asomó en el horizonte, se hallaba durmiendo en la rama de un pino, una ardilla mamá. Su nombre era Guillermina, que solía pasearse en el jardín de Agustín y Lautaro. Entre muchos pastizales, eligió el espacio más verde para jugar con su cría.

Lauti era un chico con rulos negros que parecían tirabuzones, de ojos color café que hacían resaltar los hoyuelos que se le formaban al sonreír, junto a su hermano mayor y muy parecido y su piel blanca con ojos bien redondos y una sonrisa contagiosa, caminaban por el fondo, cuando de repente miraron hacia el árbol y descubrieron que en lo alto estaba la ardilla. Asombrados por lo que habían encontrado, corrieron hacia su padre para contarle lo visto, el pelo ondulado Agus flameaba en cada salto de alegría.

Dani se encontraba juntando ramitas secas, unos diarios y un poco de carbón para dirigirse donde se

encontraba la parrilla, dispuesto a hacer un rico y jugoso asado. Emocionados por lo hallado, empezaron a pedirle a su papá que los acompañara hasta el lugar donde estaba al pequeño animal. Cuando su padre se dio cuenta de que Lauti y Agus quedaron maravillados con aquella criatura, decidió buscar una jaula que tenía guardada en su cuarto de herramientas, y tomó la decisión de meter dentro a la mamá ardilla para que sus hijos puedan verla.

Al atardecer, decidieron ingresar a la vivienda para evitar ser picados por los mosquitos y comenzaron a preparar las cosas para ir a bañarse; después de una reconfortable ducha se fueron a dormir la siesta. Grande fue la sorpresa que se llevaron al despertarse, jamás pensaron que algo así les podría ocurrir. Resultó que la jaula estaba abierta y vacía y para mayor sorpresa, Guillermina los miraba desde un rincón. Ni bien se despabilaron, oyeron una voz en el lugar, inmediatamente surgió una mirada confusa entre los chicos y su papá, como preguntándose de dónde venían esos chillidos. Cuando de pronto, vieron una enorme sombra en la pared, proyectada tan sólo por la luz de un velador.

Aunque no lo creían se trataba de Guille, la ardillita parlanchina, la misma, que momentos antes se encontraba encerrada en la jaula. Ofendida porque la habían encerrado, empezó a reclamarles a los niños por qué la habían metido en ese lugar, si ella no había hecho nada malo para estar ahí. Entonces, los hermanos sintieron culpa por lo que decía. Los chanchos, como su papá los llamaba, quisieron remendar su error y le ofrecieron una disculpa a la ardilla. Aceptándola, dejó que le siguieran hablando. Entre charla y charla, Lautaro y Agustín le dijeron: "¿quierés una nuez?", Guillermina, sin dudarlo, les dijo que sí; de esa manera se fueron conociendo y se hicieron muy buenos amigos. Juntos pasaron días en los que se divertían mucho, pero una mañana, Guillermina, al despertarse en la casita que le habían construido los chicos, vio que no era la única mascota de la casa, ahí fue cuando conoció a Dómina, la perra negra de aspecto agresivo, porque su raza, Rottweiler, así lo demandaba. Ella era la guardiana del hogar, pero no era solo éso, sino que mirando hacia otro costado vio que jugaba un lindo gatito, llamado Flash. Desde ese momento la ardilla

comenzó a distanciarse de Agus y Lauti. Días después de haber visto esto, les dio la desagradable noticia de que tenía que partir, porque debía ver a su familia. Abrumados por la noticia explotaron en llanto por la partida de su amiga. Lo que ellos no sabían era que la ardilla tenía a su hijo Santiago y su esposo Carlos en el mismo pino que estaba en el fondo de la casa. Cuando vio que sus amigos lloraban desconsoladamente, decidió decirles que, aparte de la mala noticia, también tenía una buena.

La misma era que no se iba a ir muy lejos y que siempre estarían juntos, porque el lugar donde vivían sus seres queridos se encontraba mucho más cerca de lo que se imaginaban. Fue así que les contó que su familia vivía en la casita de aquel árbol. Reanimados por la noticia, decidieron decirle a su amiga que los traiga, que también querían conocerlos.

Sin perder más tiempo, Guillermina, rápidamente se dirigió a buscar a su esposo Carlos y su bebé Fernando. Luego de ser presentados, todos formaron un círculo sentándose en el piso y comenzaron a contar las historias que habían vivido en su vida, mientras oían las aventuras

que narraba Guille junto a Carloncho y Fer; lentamente, Flash, el gato de la casa, se arrimó hacia ellos, mirando como todos escuchaban atentamente las aventuras. El felino pegó un maullido muy fuerte y Fernando, siendo tan pequeño, se asustó; tal fue el susto, que de un salto quedó sobre el lomo de Dómina. En ese momento, Daniel le dijo a Fer:

-No te asustés, él también es parte de nuestra familia
-entonces Ferchu se quedó más tranquilo.

Flash, siendo tan amable y dulce, lo invitó a jugar, luego de pensar a qué jugarían, se decidieron por las escondidas. Juntos fueron al fondo de la casa, y entre todos pasaron una tarde muy agradable. Siendo muy de noche y agotados por el juego, decidieron descansar, Dómina se echó a la sombra del árbol, mientras que Flash y Fernandito, descansaron sobre una rama. Luego de un rato volvieron a la casa de los chicos, sabiendo que en breve estaría la cena. Una vez que terminaron de comer, fueron a comprar helados para el postre. La sobremesa se extendió un buen rato. Cuando Fernando y sus padres notaron que era muy tarde se despidieron de sus nuevos

amigos, con la promesa de que su amistad sería por siempre.

Daniel. E. Teri

CARRERA EN LA SELVA

En la provincia de Misiones, más precisamente en la selva del Iguazú, se está por efectuar la competencia por la Corona del Rey de la Selva. Cada 1° de diciembre, las parejas más fuertes de cada especie participan en ella y se juntan en el pueblo de Alem, donde está el punto de partida de la maratón. Los gatos monteses, que son muy gruñones y veloces; también los yacarés, siendo los más rápidos y ágiles en el agua; la pareja de los monitos titís, quienes eran los últimos campeones invictos, estaban muy confiados porque nunca nadie les pudo ganar; y por último, una pareja nueva había ingresado a la competencia, era una pareja de humanos, dos primos, Aarón y Agustina. Ellos eran muy hábiles e inteligentes y representaban a la antigua tribu guaraní. La competencia consistía en cruzar 100 kilómetros de furiosos ríos, montes y la temible selva amazónica, para llegar a las cataratas del Iguazú, donde, en la Garganta del Diablo, se encontrarían con la corona del rey, y el que llegue primero sería el rey de la selva por el siguiente año.

La travesía empezó, los campeones invictos llevaron rápidamente la delantera, trepando árboles y saltando de liana en liana. Los gatos monteses, con su velocidad, arrancaron muy bien, pero de tanto correr y desgaste físico, necesitaban descansar y agua, y eso les hacía perder mucho tiempo. Los yacarés eligieron el camino más largo, bordearon la selva a través del río y, por último, estaban los novatos, quienes estaban muy bien equipados, tenían su equipo de supervivencia, llevaban consigo sus cantimploras, equipo GPS para no perderse, balsas inflables y muchos elementos más. Arrancaron rápidamente con sus bicicletas y, sin perder tiempo, transitaron en ese día la mayor parte de la distancia. Ya estaba por anochecer y los participantes debían parar, descansar y cenar y, al día siguiente, terminar bien temprano con la odisea.

Los monitos arrancaron bien tranquilos y confiados, los gatos monteses se habían quedado muy dormidos porque estaban demasiado cansados y perdieron la oportunidad de ganar; los yacarés habían arrancado temprano porque la distancia era muy larga y no podían

perder ni un segundo en descansar ni en desayunar. Los novatos arrancaron al salir el sol, gracias a Agustina y a su reloj despertador. Los primates habían llegado primero pero, antes de agarrar la corona, decidieron descansar y comerse unas bananas en un bananero que estaba a orillas de la cascada, porque creían que los demás competidores se encontraban muy lejos todavía. Agustina y Aarón venían remando por el río sin que ellos se dieran cuenta y, muy sigilosamente, tomaron la corona del rey. ¡Qué torpes e ingenuos! Los monos sólo tenían que tomar una liana y colgarse de ella para agarrar la corona y su arrogancia los llevó a perder la competencia.

Esa noche, en la aldea guaraní, hubo una gran fiesta, celebrando que los chicos habían ganado la competencia. La corona quedó con ellos, ya que eran los nuevos campeones. Eso no era nada, ahora, el trabajo más duro vendría: tendrían que cuidar la selva y mantener la paz y armonía por el siguiente año.

Darío Muñoz

El rescate de la princesa

Había una vez en una tierra muy lejana, un reino muy hermoso, donde vivían dos princesas muy hermosas, una se llamaba Xiomara y la otra Narela, crecían muy alegres en su niñez, jugando y haciendo travesuras. Su madre, la reina, las mimaba demasiado y siempre estaba muy atenta a ellas. Mandaba a sus doncellas a que las cuidaran para que no se acercaran al bosque encantado, donde elfos y distintas brujas habitaban. Su hermano, el príncipe Santiago, un poco más grande, también las cuidaba mucho, principalmente a Narela, que era la más chiquita y la que más travesuras hacía.

Una mañana muy hermosa con las hadas volando, jugando y cantando, Xiomara las escuchó, se despertó antes que los demás y salió al patio del castillo a jugar con ellas como lo hacía de costumbre; mientras perseguía a estas pequeñas criaturas, sin darse cuenta, se alejaba cada vez más de su hogar, se alejó tanto que se metió al bosque encantado. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, quiso regresar a su palacio. Pero fue tarde, algo la tomó de los pies, era una trampa; en ese momento, de entre los árboles salieron unos enanos, al verla quedaron asombrados por la belleza de la princesa y se dieron cuenta de que habían obtenido lo que ellos

necesitaban. Su reina, la bruja malvada que vivía en las profundidades del bosque, les había dado la misión de que tomaran una hermosa niña y se la trajeran a su reino.

Esa bruja pensaba que a través de su brujería podría hacer que su hija, la brujita fea, se convirtiera en una hermosa bruja. Cuando los elfos llegaron con la princesa al reino de la bruja, ella quedó maravillada con lo que sus enanos habían capturado: una de las princesas más preciosas de Tierras Altas. Entonces mandó a que la encerraran en el sótano más profundo de su fortaleza hasta que pudiera realizar su hechizo. Para concretar su embrujo tenía que esperar a que la luna estuviera llena. Por otro lado, en el castillo de Tierras Altas, cuando todos despertaron, la reina mandó a sus doncellas a preparar el desayuno y a buscar a sus hijos para que desayunaran juntos, como todas las mañanas lo solían hacer, pero una de sus criadas volvió con la noticia de que Xiomara no estaba en su habitación. Entonces, la reina ordenó que la buscaran por todos lados, pero fue inútil la búsqueda. La princesa no aparecía por ninguna parte y la preocupación comenzó a aumentar. Así que el príncipe Santiago mandó llamar a los guardias del reino y les ordenó que buscaran a su hermana por los alrededores, pero ésto fue en vano.

Los guardias examinaron por todos lados y volvieron sin noticias. En ese instante, donde todos estaban muy preocupados, unas hadas que habían visto lo qué le pasó a la princesa, se acercaron a la reina y le contaron lo qué vieron. Ella no lo podía creer y le dijo al príncipe que busque a sus mejores guerreros y vaya en busca de su hermana a las profundidades del bosque encantado. Él obedeció enseguida, alistó a treinta de sus mejores hombres y marcharon, al instante, rumbo al bosque; el cual los recibió con su tenebrosa apariencia. Una vez dentro, empezaron la búsqueda, caminaron varias horas, pero algo los incomodó: Parecía que siempre volvían al mismo lugar; entonces, el príncipe tomó su espada e hizo una marca en uno de los tantos árboles y siguieron su rumbo, pero se dieron cuenta de que el encantado bosque estaba jugando con ellos, llevándolos siempre al lugar donde habían hecho la marca en el árbol. Fue que decidieron tomar un descanso, de pronto vieron que un enano se acercaba hacia donde ellos estaban, el príncipe ordenó que lo capturen par ver si le podían sacar alguna información. Cuando los guerreros lo atraparon, Santiago le preguntó al elfo si sabía algo de una princesa que se había perdido en el bosque. El enano se negó a contestar, al instante,

uno de los guerreros sacó su espada para intimidarlo, el enano asustado, les dijo lo qué había pasado con la princesa y lo qué le iba a ocurrir sino la rescataban antes de que la bruja pueda concretar su hechizo. Sólo quedaban dos noches antes de que éso pase, por lo tanto dejaron el descanso y, amarrando al elfo con unas sogas, se lo llevaron para que los guiara por el bosque hasta donde habitaba la bruja.

El camino pareció hacérseles largo, aún, guiado por el enano, a tal punto que llegó la noche y tuvieron que acampar en ese bosque que no era para nada confiable. En esa oscuridad y con la poca luz que quedaba, y la luna casi llena, se escucharon las risas de las brujas que volaban en ese cielo oscuro.

Muchos de los guerreros estaban asustados por lo que escuchaban y veían, pero el príncipe trató de calmarlos. A la mañana siguiente continuaron con el viaje, pero después de varias horas, Santiago notó algo extraño, y se dio cuenta de que el elfo quería engañarlo desviándolos del camino hacia el castillo de la bruja. Enojado tomó su espada y logró que el enano le digiera el verdadero rumbo. Tenían que llegar a la cascada del río que cruzaba por el bosque y atravesarla. Continuaron caminando y cuando llegaron al lugar entraron a la

cascada; ahí estaba el castillo de la bruja, tenían que cruzar la entrada sin hacer ningún tipo de ruido para no despertar a los murciélagos que la custodiaban. El príncipe Santiago decidió entrar con solo cinco de sus hombres para no llamar tanto la atención y les dijo a los demás que si tardaban más de lo esperado, que entraran ellos. Al ingresar al castillo, parecía estar vacío, buscaron por todas partes a la princesa pero no la encontraron, siguieron buscando y notaron que debajo de la escalera había una puerta que descendía a un sótano.

Bajaron con cautela y vieron a la bruja con su hija, acomodando todo par realizar el hechizo. Xiomara estaba encerrada en una jaula. Sin pensarlo, el príncipe fue a socorrer a su hermana y los guerreros a enfrentarse con la bruja. Esta, al instante, con su vara mágica tiró un hechizo y convirtió a uno de los hombres en un horrendo sapo, los demás lograron esconderse detrás de unas columnas; cuando Santiago logró sacar a su hermana de la jaula, los guerreros intentaron atacar de nuevo a la bruja malvada; cuando quiso atacarlos con su varita, el príncipe la sorprendió por detrás y con una maniobra increíble sacó su espada y la cortó a la mitad. Ahora la bruja ya no tenía más poderes, así que tomaron a la bruja con su hija y las encerraron en la misma jaula donde

estaba la princesa y salieron rápido de la fortaleza. Cuando se encontraron con los demás, que estaban esperando afuera, partieron de inmediato a su reino. Una vez que atravesaron el bosque soltaron al elfo y lo dejaron ir. Una vez llegados al castillo de Tierras Altas, los guardias y las doncellas estaban muy alegres de verlos volver con la princesa. La reina, al ver al príncipe volver con su hermana, también se puso muy alegre y los abrazó muy fuerte. Su hermanita, la princesa Narela, también lo hizo, y los cuatro tuvieron un reencuentro esperado. Los días de angustia desaparecieron al instante, y Xiomara nunca más volvió a acercarse al bosque encantado.

Emiliano

El hada Malena

En un mundo de fantasías, de unicornios, duendes, sirenas y otras tantas criaturas, existía un hada llamada Malena, siempre lucía un jopo de colores, llevaba un espejito en su cartera y con su vestidito de princesita que le había regalado la reina, se paseaba por su pueblo sin preocupación alguna, ella decía que ese vestuario le quedaba hermoso.

Se levantaba muy temprano por la mañana a recolectar frutas, néctar y agua para esos días, como lo hacían todos en el pueblo. De andar de árbol en árbol, de rosa en rosa, de lago en lago, no se dio cuenta y se le estaba haciendo tarde.

Llegando a su aldea vio mucho alboroto, duendes y unicornios corriendo por todos lados, hadas volando entre las nubes pidiendo auxilio; al acercarse vio a la bruja Roberta con su mirada furiosa, y con su gato Marquitos, atrapando a todo aquel que se le cruzaba, era algo que esos malvados hacían una vez al año, pero esta vez vinieron mucho antes, y los agarró a todos por sorpresa.

Al huir se dio cuenta que el gato Sin Dientes la había descubierto y la empezó a seguir. Se metió en el bosque buscando un lugar donde esconderse, pero se le hacía muy difícil con Marquitos detrás suyo, casi alcanzándola, su única escapatoria fue ese árbol viejo y caído. Sin hacer ruido se dirigió a un escondite perfecto, un escondite lleno de agua, algo que al gatito malvado no le gustaba. La bruja, contenta con todos los que había capturado, llamó a Sindi para irse hacia donde estaba su castillo.

Escondida por temor a que no se haya marchado, se quedó dormida, el viento y los ruidos de la noche la despertaron y de prisa voló hacia la aldea. Vio a los pocos que quedaban arreglando el desastre que habían hecho esos malvados, su amigo, el duendecito, al verla llegar, se puso muy contento y de un brinco alcanzó a abrazarla, cayéndose y dando vueltas por el piso, porque no se la habían llevado.

En ese momento le preguntó al duende Ale si vio a su tía y a su prima. Con una mirada triste le dijo que no y volando muy de prisa entró a su casita, buscó a ambas, pero no estaban.

Mientras las llamaba, la escuchó el unicornio Carlos y le dijo que cuando ella se estaba escapando del gatito, Débora y Bianca vieron éso y siguieron a Sin Dientes para que no la atrapara haciendo de señuelo, así podría escapar, pero las atrapó Roberta.

El duendecito, sin más tardar, le dijo que él sabía dónde estaban y quién los podía ayudar, pero deberían ir hasta la orilla del mar y hablar con las sirenas, que ellas sabían cómo llegar y por dónde ir, porque el lugar alrededor del castillo estaba lleno de trampas para que nadie se acercara. El unicornio, muy asustado, le dijo que no lo lograrían, pero a ella lo único que le importaba era salvar a su familia.

Emprendieron viaje hacia la orilla del mar, pero al llegar a la mitad del camino, se chocaron con el pantano de los Gigantes. Decían que nadie salía de ese lugar sin la ayuda de Antonio, el hada gigante, que lo había cruzado miles de veces y sabía como hacer para que nadie se de cuenta que lo estaban traspasando, fueron a buscarlo y, sin dudarlo, les dijo que los acompañaría, pero lo haría con

una condición: quería mucha comida antes de cruzar, y sin pensarlo le dijeron que sí.

Después de conseguir lo que le había pedido, llegaron al pantano y empezaron a cruzarlo, por una entrada secreta que tenía, lograron cruzar todo el bosque y al llegar a la orilla, Antonio sacó una flauta de su bolsillo y empezó a soplarla, haciendo una melodía para las sirenas. Sin más tardar, apareció preguntando por qué la llamaban, Malena le contó lo sucedido y la reina de las sirenas le dijo que la ayudaría a llegar, pero no podía hacer nada más que éso. Con su voz suave empezó a cantar para llamar a las demás sirenas para emprender el viaje hacia el castillo, esquivando trampas y muchos obstáculos que Roberta había puesto. Fue un viaje largo, pero pudieron llegar a tiempo, antes que la bruja malvada los eche a su gran olla, para darle de comer a su perro de cien cabezas.

Las sirenas le dijeron que tengan cuidado, porque era la hora de darle de comer a su perro Ferchu y su gato Marcos. Sin hacer ruidos llegaron a una entrada que tenía el castillo, al mirar, vieron una olla gigante en el patio donde Roberta le preparaba el banquete a sus mascotas,

a un costado había una jaula donde estaban todos los que había capturado. Muy contenta, la bruja no se dio cuenta que Malena y sus amigos estaban ahí, tratando de salvar a todos, cuando por instinto, el gatito empezó a buscar a los forasteros, porque su único diente podía detectar la llegada de intrusos, en ese momento, a Carlitos se le ocurrió despistar al gato, para que ellos puedan salvar a los demás. De un patadón la puerta, la rompió y el gato oyó los ruidos y se acercó a ver qué sucedía, comenzó a perseguirlo para capturarlo. Aprovechando ese momento, el hada y el duende entraron al castillo y se acercaron hacia la jaula, sin darse cuenta de que había otra en el aire; cuando quisieron abrir la jaula donde estaban los demás, la trampa que se encontraba en el aire se cayó atrapándolos. En ese momento, sin darse cuenta de lo que podía hacer, el duende se convirtió en un gigante rompiendo la jaula, la bruja, ya con odio, soltó a su perro malvado para que se comiera al duende gigante, al acercarse vio que era muy chico y que no podía hacer nada, a Roberta no le quedó otra alternativa que huir, diciendo que volvería.

Muy contentos liberaron a todos los que estaban capturados por la malvada. En ese momento oyeron mucho alboroto, era el gato persiguiendo al unicornio, Malena le dijo ahora al duende gigante que le rompa los collares, que los tenía controlados para que sean malos, sin dudarlo, atrapó al perro y con fuerza le arrancó el collar; el gato, ya vencido por estar sólo, se acostó en el piso y dejó que el duende se lo saque. Ya, a salvo y con dos amigos nuevos, decidieron volver hacia su aldea, el hada Débora, abrazó a su sobrina y le dijo que tenía mucha valentía para hacer lo que hizo. Al día siguiente hicieron una fiesta muy grande en el pueblo, contentos porque estaban todos unidos y con dos integrantes nuevos como guardias del lugar: el perrito Ferchu y el gatito Sin Dientes, fueron felices. Y ahora, todos en la comunidad, gracias a Malena, están a salvo. Hoy es la princesa de las hadas, por su valentía.

Félix Vega

La aventura de la princesa Marina

Esta es la historia de una familia numerosa que, por derecho divino, eran dueños del castillo más grande de Escocia. La reina Alejandrina tiene cinco hijos, la princesa Marina y los príncipes Eduardo, Tomás, Ignacio y Franco. Pero Franco estaba prisionero en un lugar secreto y todos buscaban la forma de poder liberarlo. El castillo poseía torres muy altas, las que eran habitadas por la familia real. La princesa Marina tiene dos amigas en el pantano que está detrás de la fortaleza. Son dos hermanas llamadas Rocío y Sofía, dos monstruitos del lugar, que le contaron a Marina que por culpa de un hechizo quedaron así de feas; pero que no tienen maldad, solo quieren jugar. Marina, pocas veces salía a jugar. La reina no la dejaba porque decía que se le iban a pegar los piojos. Una de las hermanas adquirió un gran poder: podía volar inflando globos de mocos y así elevarse e ir a cualquier parte. Una de las torres era ocupada por Ignacio, al que lo único que le interesaba era jugar al fútbol con una sandía; no hay calzado que le aguante, y más, combinado con el olor a queso que juntaba. Se veía que es muy parecido al que

tanto le gustaba a los ratones que venían por la noche a robarle sus zapatos. Por eso, la reina, cansada de esa situación, decidió mandar a fundir varias espadas, y así poder hacerle un calzado resistente para que le duren de por vida.

La torre siguiente estaba ocupada por Tomás, que era unos años más grande que Ignacio, y lo único que le interesaba era estudiar y que los sirvientes lo pintasen en un cuadro, para después enviárselo a sus pretendientes. La otra torre era ocupada por Eduardo, él tenía un gran trono; pero había algo raro ahí, porque siempre, después de comer, se largaba a llover y se escuchaban muchos truenos. Estaba acompañado por su novia que no lo dejaba un segundo sólo y, algunas veces, se escapaba para andar en las suyas con su amigo Pisco. Ella se convertía en un halcón y salía en su búsqueda. Era ágil porque nunca volvía sin él.

La princesa Marina, un día, jugando con las hermanas, le contó que no podía encontrar a su hermano porque la bruja Lala se lo había llevado a un lugar secreto, y ellas le contaron que conocían a una hechicera llamada

Martícola y que, quizás, ella pueda ayudar; Rocío infló un globo de moco, Marina iba abrazada a ella y se elevaron, pero cuando se quiso subir Sofía, bajaron al piso nuevamente. Por lo visto, sólo puede llevar a una sola persona. La dejaron y partieron a donde la hechicera vivía. Al llegar a una cueva oscura, Rocío dijo que era ahí, pero que debería entrar sola. Marina había desconfiado un poco, pero decidida y valiente, entró sabiendo que quizás, Martícola, podía ayudar en la búsqueda de su hermano. La vio sentada en una especie de trono con plumas y patas de conejo colgando, entonces le preguntó:

- *¿Tú eres Martícola?*
- *Sí. ¿Qué necesita, princesa?*
- *Quiero saber dónde se encuentra prisionero mi hermano.*
- *Bueno, veamos qué dice mi caldero. Revolvamos las dos juntas.*

El humo que salía formaba fantasmillas que al chocarse, decían:

- *¡Au, au, au!*

Y allí se logró ver una imagen: dos dragones y un castillo, luego se vio salir a la bruja Lala, llevando varias ollas para darle de comer a sus dragones. Uno se llamaba Firulay, y apenas la bruja las dejaba en el suelo, se comía todo, sin importar que el hierro se fundiera en su panza, y el otro era más delicado, se llamaba Chucu. Con sus uñas, primero, buscaba la carne de ciervo que tanto le gustaba y luego comía lo demás, pero nunca terminaba de comer una, que el otro venía y devoraba todo. Siempre lo mismo: terminaban peleándose y tirándose bolas de fuego para todos lados.

- *Ahí está tu hermano.*
- *¿Y cómo puedo hacer para liberarlo?*
- *Tienes que cruzar el pantano Sin Fin, que jamás lo cruzarías a pie, luego distraer a los dragones y tienes que tirar una bola de fuego a la ventana y así podrá salir.*

La princesa quedó pensando, y como era tan inteligente, enseguida se le ocurrió una idea.

- *Ya sé -dijo- tú has dicho que nunca lo cruzaría a pie ¿no?, pero mi amiga puede volar, así que lo cruzaré volando. Pero hay un problema -dijo la princesa, un poco*

frustrada- y es que ella sólo puede llevar solo a uno de nosotros y no vamos a poder volver los tres.

– Yo tengo una pócima -dijo la hechicera- tiene que tomarla, pero ojo, no dura mucho el efecto, tienen que ser rápidas, y cuando se va el efecto, contrae cualquier hechizo y no podrá usar nunca más sus poderes.

– Bueno, muchas gracias por su ayuda, yo iré a salvar a mi hermano.

Volvieron de nuevo al castillo a contarle las buenas nuevas a su madre, cuando lo hicieron, todos confiaron en la princesa, se pusieron contentos y comenzaron a cocinar mucha comida para darle a los dragones y así distraerlos. Al terminar, Rocío tomó la pócima e infló dos grandes globos de mocos, agarró dos baldes, Marina tomó sólo uno de ellos y partieron. Llegaron y vieron a los dos dragones ahí parados, Marina les silvó y les mostró la comida, cuando vieron a las chicas, Rocío dejó caer los dos baldes que llevaba, quedando sólo el de Marina. Mientras que los otros se peleaban, ella se dirigió a la torre y pudo ver a su hermano sentado en el piso jugando con un ratoncito, y le dijo:

- *Hermano, he venido a rescatarte.*
- *Oh, princesa mía, gracias por su valentía, pero...
¿cómo harás para liberarme?*
- *Tú no te preocupes, córrete bien para atrás.*
- *¿Para qué tienes ese balde?*

Él hizo caso, ella volvió a silbar, los dragones ya se habían terminado su cena. Chucu fue volando y Firulay, con el hierro fundido en su panza, no pudo hacerlo. Ella les mostró el último balde, Chucu estaba volviendo primero, y el otro le lanzó una bola de fuego. Cuando estaba por llegar al balde, Marina lo soltó y rápidamente se corrió. El dragón bajó velozmente a buscar su comida y la bola de fuego fue directo a la ventana que se derritió enseguida por el calor.

- *¡Vamos! ¡Salta aquí!*

Franco saltó rápidamente, un dragón se quedó buscando la carne con su uña y el otro, lo único que podía hacer, era mirar, porque no podía volar. Y así se fueron y llegaron al castillo.

Marina volvió triunfante con su hermano, hicieron un gran banquete para festejar y vivieron felices y juntos por siempre...

FRANCO GONZÁLEZ

Los Dragones

Esta historia ocurrió cuando Tobías, una tarde quiso ir a pasear, pero su madre enojada, porque se portaba muy mal, le dijo que no. El chico, llorando y pataleando gritaba que quería salir de paseo. Fue tanto el berrinche que armó, que su mamá tuvo que darle el gusto; así que decidió ir a dar una vuelta por el pueblo, y de paso visitarían el castillo y a su rey que solía contarles historias maravillosas a los chicos. Cuando llegaron se encontraron con Gabriel, uno de los guardianes del lugar, con sus dos perros, Cachito y la perra, Oreja Caída. En un momento, el rey Martín se acercó a recibir a los visitantes y darles la triste noticia de que el castillo no abriría por unos días, ya que dos enormes dragones volaban cerca del reino, en busca de comida, y estaban muy enojados. Apenas terminó de comunicarles éso se escuchó un griterío; los dragones se acercaban volando, y largando fuego de su boca, estaban quemando la mayoría las casas. Los perros, asustados, salieron corriendo, la gente del pueblo no sabía qué hacer. Lamentablemente, esa tarde se comieron a más de un animal y lastimaron a muchas personas. Al otro día Alejo y

José decidieron agarrar sus flechas, lanzas y todo lo que sirviera como arma, para ir en busca de ellos. Ya se había hecho casi de noche y no los encontraban. Cansados de buscarlos decidieron ir a comer y descansar un rato, todo parecía tranquilo esa noche, pero de repente, sintieron olor a algo que se estaba quemando, era el establo, el gallinero y todos los animales se estaban prendiendo fuego. El dueño de la granja lloraba al ver lo sucedido, desesperado agarró una horquilla de las que se usan para acomodar el pasto del establo y fue directo a las bestias, pero no le sirvió de nada, porque se habían ido volando. Luego de que huyeran, gran parte del pueblo ayudó a apagar el incendio. De sus cuarenta gallinas, solo quince sobrevivieron, el caballo murió y la chancha se encontraba humeante tirada en el piso. El pobre hombre se puso muy triste y no dejaba de llorar; su mujer se acercó y vio todo en ruina, y a pesar de que también ella estaba triste, lo alentaba diciéndole que todo iba a estar bien. Después de lo sucedido se juntaron todos los dueños de los establos de la zona; entre ellos se encontraban Felipe y Cacho, propietarios del más grande del pueblo. Hablando entre

ellos llegaron a un acuerdo, junto a una multitud se dirigieron al hogar del rey y empezaron a tirar piedras, los campesinos estaban enfurecidos. La princesa dio la orden a los soldados para que los saquen del lugar; la guardia del castillo, inmediatamente se puso sus uniformes y armados salieron. La gente, al ver ésto, se enfureció y comenzó a arrojar rocas a la fortaleza, el cielo se cubrió de escombros. A lo lejos, Cacho vio que acercaba un pájaro, pero al estar más cerca se dio cuenta que era el dragón... y que cada vez se acercaba más. La reina se asomó a la ventana que daba a la calle y, en un momento, el dragón se paró casi a su lado, ella lo miró y le dijo:

– *¿Qué hiciste?*

Él movió la cabeza de aquí para allá y al ver todas esas personas arrojando cosas se enfureció. Empezó a aletear hasta llegar al cielo y desde allí comenzó alargar fuego. Las personas corrían y se chocaban entre sí, no sabían para dónde ir. El valiente Cacho sacó su arco y sus flechas, Felipe, su lanza y le tiraron... pero el astuto huyó.

Al rato, juntó un poco de fuerza y volvió, esta vez tiraba más fuego. Alejo, luego de arrojar su lanza, quedó

sólo con su espada y a José, tan solo le quedaban dos flechas. Así que, al momento, tuvieron que salir corriendo de regreso a su hogar. En el camino juntaron más flechas, repusieron fuerzas y armas, enseguida regresaron a su búsqueda. Su sorpresa fue muy grande cuando lo vieron tirado en el piso. Sin hacer ruido se acercaron lentamente, el dragón ya se estaba quedando sin vida, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Alejo y José, al mirarlo, se quedaron sorprendidos y decidieron atarlo. Alejo quedó cuidando al dragón, y José fue en busca de los reyes. Pasado un rato, llegó la princesa junto a sus padres y al ver éso se puso tan mal que se acercó y le dio un dulce beso, luego el dragón murió entre sus brazos.

Hernán Mansilla

El águila

Después de cuarenta largos años de vida, necesito buscar una gran montaña donde esconderme para así poder rejuvenecerme y vivir cuarenta años más, ya que mis plumas me pesan mucho y mis garras y pico están encogidos y no me permiten cazar la cena ni alimentarme. En vista tengo una gran montaña, en la que, de pasada pude ver una cueva. Ahora sólo tengo que acercarme y ver si está deshabitada o qué. Pero primero me iré a despedir de unos amigos, puesto que mi descanso será de medio año. Después de dejarle saludos a todos los que me conocen y a los que no, también, emprendo mi vuelo hacia la montaña y me dirijo a la cueva, pero sólo lo suficiente para no ser descubierto y así tener una visión del lugar y sus alrededores. A cincuenta metros de la cueva, puedo ver que un animal negro y peludo sale de ella y detrás de él, otro, pero éste, con manchas blancas y un poco más grande. Puedo notar lo cuidadoso que es, y el más chico lo descuidado que parece. Me acerco, sólo para asustarlos, y apenas me ven llegar, el más grande entra corriendo a la cueva, chocándose con todo lo que tiene a su paso;

mientras que el otro, mucho más travieso, corre hacia donde estoy, abro mis grandes alas para intimidarlo, pero el muy sabandija se sienta frente a mí, como si no percibiera que, conmigo cerca, su vida corre peligro. Es más, se ve que sólo quiere jugar, pero la mamá osa llega corriendo y tengo que emprender mi vuelta.

Ya, en los aires, no puedo parar de pensar en ese osito negro que en ningún momento me tuvo miedo y que mientras el otro corre hacia adentro, del susto, él se abalanza hacia mí. Me trajo recuerdos de mi niñez, en los que sólo quería jugar y anhelaba ser grande, hoy anhelo volver a ser un pichón y vivir sin preocupaciones. Decidí volver, pero esta vez le llevaré un regalo. Me dirijo al lago y después de tres largas horas tratando de sacar un pez, apenas puedo hacerlo; ya, mis garras no son las mismas. Empiezo mi vuelo hacia la cueva, y al llegar, primero y antes que nada, para acercarme, me aseguro de que la osa no esté, porque sin dudas me atacará, sabiendo que soy un peligro para sus crías. El osito con manchas blancas está afuera, mientras que el otro no se asoma, me acerco a la entrada y el osito miedoso entra corriendo, otra vez,

chocándose con todo lo que tiene a su paso. Me paro frente a la cueva y no hay rastros del otro. De repente, el muy travieso salta sobre mi lomo, haciéndome pegar el susto de mi vida. El muy pilluelo me vio llegar y se escondió detrás de mí. Es por éso que tomo vuelo, y él, al caer, queda como desmayado en el suelo; me asusté, ya que mis intenciones nunca fueron hacerle daño. Me acerco nuevamente a ver cómo está, y el muy travieso se estaba haciendo el desmayado. Al hacerlo se levantó y corrió hacia mí. Tomé distancia y le arrojé el pescado. El osito empieza a comer sin ninguna preocupación, mientras que su hermanito mira lo qué ocurre desde detrás de una roca. En ese momento, la mamá osa llega, pero al ver lo que llevé para sus crías, no hace nada, sólo pasa cerca de mí y se recuesta en la entrada de la cueva. En ese momento una nube pasajera pasa sobre nosotros largando una fuerte llovizna, tuve que levantar el vuelo. Es tan fuerte la llovizna que me empapó todo el plumaje haciéndome tres veces mucho más pesado; estoy cayendo y tratando de amortiguar mi caída, golpéo muy fuerte mi ala contra una rama, no puedo moverla y, sin haberme dado cuenta, muy

escondida entre los arbustos, hay una pareja de hienas me están mirando, que me está mirando, quieren comerme; me escondo detrás de una roca, pero me ven y vienen hacia mi. Ya, casi puedo sentir sus dientes en mi hermoso cuerpo, pero algo pasó, la osa, apareció como si fuera mi salvadora. Al verla, sin ninguna confrontación huyeron, Qué mal, justo en este momento en que tengo que estar tan indefenso me vengo a romper un ala, ahora trataré de hacer un acuerdo y convencer a la osa que me deje pasar mi proceso de rejuvenecimiento en su cueva...

Iván Escalante

Los superhéroes

Los sábados por la noche, cuando nos reunimos en familia, después de cenar como siempre, acompaño a mis hijos a la cama, sus nombres son, Agustín, Kevin, Ismael, Ian, Máximo y la pequeña Ámbar, antes de dormirse leemos alguna historieta haciendo las voces de los distintos personajes. Si la historia necesita un solo superhéroe, sorteamos entre todos quien lo hará, tras debatir un rato, el protagonismo es de Ámbar, le tocó el cuento de *La ardillita viajera contra los monstruos*. Nos divertimos como locos ya que es algo hermoso ver como la más chiquita se expresa.

Esa misma noche que leímos el cuento de *La ardillita contra los monstruos*, Ian soñó que tenía una superaventura: en ese sueño estaba parado frente a la entrada de un castillo. La puerta se abrió sola, Ian entró confiando en sus poderes, todo estaba a oscuras, salvo por una suave luz que venía desde una habitación en el piso de arriba. Nuestro héroe, subió lentamente por una escalera de piedras. Lo único que se podía oír era el sonido de sus pisadas, que retumbaban en el gran castillo vacío. Tenía un

poco de miedo pero estaba tranquilo, porque junto a él se encontraban sus hermanos, ellos también contaban con poderes, así que, con mucho cuidado, siguió adelante. Al llegar al último escalón, apareció frente a ellos, como de la nada misma, un hombre pálido, petiso y narigón, envuelto en una capa negra que le llegaba hasta los pies. Se detuvieron asombrados sin decir nada, y el hombre de negro les comenzó a hablar.

– *Buenas noches, señoritos* -les dijo.

Su voz era muy finita y nasal, como una voz de trompeta, pero igual les provocaba miedo, hacía unos sonidos extraños, como de zumbidos, algo así como un *bzz*, aunque el segundo fue un poco más largo, un *bzzzzzz* por lo menos. Ian se acordó de los monstruos de la historieta que les había leído su padre, pero ese hombre, era más petiso, ese señor tendría que ser el conde Drácula, el vampiro que les chupaba la sangre a todos los niños.

– *¡Oh, no!, usted es el conde* -le dijo. El conde, no paraba de zumar.

– *¡Drácula!* -exclamaron todos a la misma vez.

El conde, los miró confundido y lo negó con la cabeza.

– *¿Cómo, Drácula? Yo soy el Avispón Negro* -les dijo, queriendo engañarlos.

A pesar del miedo que sentían, ese nombre les causó risa.

–*¿Qué es lo que buscan en mi castillo?* -les preguntó, ya con voz enojada.

–*Vinimos a buscar a nuestra hermanita, y sabemos que tú la tienes.*

–*¿Yooo?* -replicó el muy descarado.

De pronto se oyó un débil pedido de auxilio. Esa voz venía de la habitación que se encontraba en el piso de arriba, de donde provenía esa débil luz.

–*A la flauta* -murmuró el Avispón Negro, mientras fue volando hacia la habitación.

Nuestro superhéroe lo siguió de inmediato, mientras les dijo a sus hermanos que lo persiguieran. Al llegar, observaron que allí se encontraba Ámbar, su pequeña hermana, tratando de liberarse de la soga que la mantenía atada a una silla, mientras el conde se acercaba frotándose las manos.

–Vamos, chicos, ayudémosla a escapar de las garras de este monstruo.

– Jamás lo van a lograr -contestó enojado, y se interpuso entre los chicos y su presa.

En ese momento, nuestro superhéroe le dijo a Máximo:

–Hermano, tú eres el más veloz, tráeme ese matamoscas de metal que está colgando en aquella pared, antes de que el Avispón pueda darse a la fuga.

Al oír esas palabras, él sacó a relucir su aguijón. Mientras retrocedía comenzó a dispararles aguijonazos, Ismael y Agustín le tiraron con sus pistolas de telarañas para inmovilizarlo, mientras Kevin los cubría con su capa. Ámbar estaba totalmente agotada por forcejear con las ataduras. Después de que nuestros héroes lograron liberarla, al darse vuelta, el Avispón Negro ya no estaba, ¡desapareció!, gritaron espantados los chicos, ¿dónde se habrá metido?, cuando de repente escucharon un zumbido diferente al anterior. Era él, que usando su poder se había convertido en un mosquito y apoyado en el cuello de Ámbar estaba a punto de chuparle la sangre. Lo que no sabía, era

que la más pequeñita se defendía con un campo desintegrador, y apenas posó sus patas sobre ella, lo hizo desaparecer por completo. Todos, se miraron sorprendidos al ver el poder de su hermanita menor.

–Vieron lo que le ice lo, dompi el pedachitos -nuestros héroes la abrazaron, la levantaron en andas al grito de:

–¡Ámbar, Ámbar!, vos sos nuestra heroína, hermanita. Gracias a vos, pudimos deshacernos del malvado Avispón Negro.

La pequeña abrazó uno por uno a los chicos que la habían salvado de las garras de ese rufián. Después de triunfar en esa batalla, juntos salieron de aquel castillo tenebroso, y una vez fuera, nuestros héroes le propusieron a su hermanita que al llegar a su hogar harían una fiesta, para celebrar juntos este momento de alegría. Ámbar quedó encantada con la idea y de inmediato aceptó la propuesta de sus hermanos. Caminaron por esos senderos de piedra, que los llevó al palacio donde pudieron rescatarla; y al llegar a su hogar festejaron con una enorme torta, jugo de manzana y otras exquisiteces que su madre Ana preparó para la ocasión. Al amanecer de un

nuevo día, apenas abrió sus ojos, Ian fue corriendo a la habitación de sus padres para contarles el sueño que tuvo, llamó a sus hermanos para que lo escucharan. Era tanta la felicidad que sintieron de haber participado todos juntos en esa aventura que, cada noche, se acostaban fabulando una historia que pudiera llevarlos a ese mundo fantástico en el que su hermano vivió esa loca historia que los dejó asombrados.

JAVIER UTRURBURU

CELOS DE UN NIÑO

Había una vez, en una enorme ciudad, un niño que tenía nueve años llamado Emiliano. Un día, al llegar de la escuela, recibió una gran noticia de parte de sus padres. Ésto no lo afectó demasiado en ese momento, lo cual se les hizo extraño a sus papás que suponían que el pequeño estaría celoso al enterarse de que, en nueve meses, iba a tener un hermanito. La situación siguió de la misma manera hasta que el pequeño Emiliano comenzó a ver que su hermanito iba creciendo y creciendo dentro de la panza de su mamá.

Los nueve meses estaban llegando a su fin y la llegada del nuevo integrante de la familia, se completó un treinta de septiembre en el hospital del centro de Solano. El acontecimiento fue muy importante porque, al hospital, fueron muchos de los parientes de los papás del recién nacido, y cada uno con un regalito uno *más lindo que el otro*; se decían los padres entre sí. En un par de días, Emiliano pudo conocer a su nuevo hermanito, Emir, gracias a que le habían dado el alta a su madre. Los primeros días fueron de los más comunes, pero luego, al darse cuenta que su papis sólo tenían tiempo para el menor, Emi

comenzó a sentir celos. Cuando el bebé ya tenía un par de semanas, el padre decidió hacerle una habitación para que, cuando Emi fuese mayor, pudiera tener más privacidad. El padre estaba comenzando cuando llegó Emiliano y le preguntó si podía ir a jugar a la pelota con él, el mayor contestó que no, porque estaba muy ocupado, a todo esto, Emi estaba más celoso que nunca. Esas situaciones seguían ocurriendo más y más con ambos padres. Unos días después, a Emiliano se le ocurrió preguntarle a su compañero, Faturita, cómo hacía para querer a sus hermanos, ya que tenía dos mayores que él y uno menor, la respuesta de su amigo fue muy clara: "mis hermanos mayores me cuidan, me requieren, me enseñan y yo trato de hacer lo mismo y tratar de ser un buen ejemplo para el más pequeño". El resto del día Emi estuvo pensando en lo que su amigo le había dicho. Entonces, por la noche, se propuso tratar de hacer lo mismo con el pequeño Emir, y así fue. A la mañana siguiente ayudó a sus padres con el desayuno, lo cual les dejaba más tiempo para atender otras cuestiones. Por la tarde dejó que sus papis durmieran un rato más la siesta, ya que él entretuvo al

bebé enseñándole a jugar a la pelota; luego de la cena los padres de Emiliano le dijeron lo agradecidos que estaban con todas las colaboraciones de parte suya que había tenido en aquel día. Entonces, Emi entendió que nunca sus papás iban a querer a uno de ellos más que al otro, sino que, como decía Faturita, iban a cuidarlos y quererlos muchos a los dos por igual.

Desde entonces, Emiliano siguió queriendo a toda su familia por igual y ayudando a sus papás que, constantemente, repetían esta historia para que sus hijos y ellos no olviden lo que aprendieron gracias a ella.

Jonatan Maldonado

Las enanas del rey

Había una vez, en un reino del sur, tres enanas que eran tan malas, que con sólo verlas temblabas de miedo, sus nombres eran Zoe, Lali y Agos. Estaban siendo muy buscadas por todo el lugar, porque se decía que tenían la culpa de la desaparición de algunos niños del castillo.

En el pueblo más cercano, sus vecinos vivían con mucho temor por las historias que se contaban, y decidieron juntarse para pedirle al rey Giovanni que las encierre. Él decidió ofrecer una recompensa al que las atrapara y así poder tener tranquilos a sus habitantes. Los días fueron pasando y nadie tenía rastros de estas tres pequeñas criaturas. A pesar de que la recompensa era muy atractiva, solamente una persona se presentó. Para el asombro de todos, era una mujer, su nombre era Joana, una joven madre que, a pesar del temor que sentía por las enanas, le asustaba más que su hijo fuera víctima de esas pequeñas bestias sin alma. Para su viaje agarró una bolsa donde puso algunos alimentos, unas cantimploras con agua y arriba de su caballo se marchó hacia los bosques. Pasó

varios días sin poder encontrar ni siquiera una pista que la acercara a ellas.

Una mañana, pasando por un pequeño arroyo, se cruzó a un granjero, al que le preguntó por las enanas. Para la sorpresa de la mujer, él le contó que unos días atrás, mientras juntaba a su ganado, las vio pasar hacia el bosque; y sin que ellas se dieran cuenta, las siguió hasta una cueva que quedaba no muy lejos. La mujer le pidió que le mostrara dónde estaba y él, sin dudarle, le contestó que sí, que lo haría, pero que no se iba a quedar a ayudarla. Luego de cabalgar por unas horas llegaron hasta donde se escondían las malvadas, se marchó de inmediato, dejándola sola con su caballo. La valiente mujer se acercó muy despacio hacia el lugar para que no se dieran cuenta, y pudo entrar sin que ninguna escuche nada y vio que estaban dormidas. Zoe, estaba cerca de la entrada y sus hermanas se encontraban más al fondo de la cueva. Al estar en desventaja, tuvo la idea de tomar como prisionera a la más grande de las tres y así llevarla hacia el castillo para que las otras dos fueran a rescatarlas. Le tapó la boca, y sin que ésta ponga mucha resistencia, pudo atarla

de pies y manos. Rápidamente salió del lugar y emprendió el regreso. El viaje no fue muy complicado, pero sabía que tenía que ser rápida, porque cuando las enanas se despertaran, al no ver a su hermana, saldrían en su búsqueda. Luego de unas horas llegó al castillo y presentó ante el rey a la prisionera, luego le contó su plan y el soberano, totalmente de acuerdo con la joven, mandó que todos estuvieran atentos a la llegada de las criaturas. Llegó la noche y desde uno de los muros, un guardia pudo ver que algo se acercaba hacia una de las entradas al castillo. Agos, intentó escalar uno de los paredones, pero al llegar arriba, le arrojaron una red y quedó enredada sin poder defenderse, Lali, que era la más chica y la más baja en estatura, pudo entrar por un pequeño agujero que había al lado de la puerta principal. Al hacer unos metros, intentaron atraparla, pero pegó un grito tan fuerte, que dejó a todos aturdidos. Para sorpresa de ella, el rey Giovanni era sordo, y con un solo movimiento pudo atraparla y ponerla junto a las otras dos, en la prisión del reino.

Cuando se le preguntó dónde estaban los chicos que ellas se habían llevado, dijeron que estaban en una cueva no muy lejos de ahí, que sólo lo hacían porque estaban solas, que habían sido abandonadas desde chicas en el bosque y lo único que querían era jugar con esos niños. El rey mandó a rescatarlos, al ver que estaban todos y que se encontraban, bien tomó la decisión de adoptarlas y que se queden en el reino a jugar con esos pequeños por siempre.

Jorge Ledezma

EL ROPERO MÁGICO

Briana, una nena de cuatros años y su hermano Máximo, de tres, jugaban en su habitación mientras su madre Florencia, preparaba la comida. Los chicos tenían unos muñecos con los que se divertían siempre. El de la niña era un pony que bautizó con el nombre de Uma, y el niño, al mono Chuni. Ellos no se despegaban nunca de los juguetes; a donde iban los llevaban y la madre renegaba de eso, ya que el niño apenas caminaba y con el mono a upa, entorpecía más su paso.

Una tarde, mientras Florencia preparaba la cena, los chicos quedaron en la habitación. Briana agarró su pony y le dijo a su hermano que traiga a Chuni así jugaban un rato. Máximo, sin perder tiempo, buscó en la caja de juguetes, debajo de la cama y por toda la pieza, sin poder encontrarlo. Resignado, al borde del llanto, le pidió ayuda a su hermana y ella, al ver sus ojos a punto de derramar una lágrima, soltó su pony y decidió ayudarlo.

Juntos buscaron por todas partes y no lo encontraron, hasta que Briana abrió la puerta del ropero y vio al mono tirado en una esquina, con una araña en su cabeza. La niña

no se animó a entrar y le dijo a su hermano que lo agarrara, Máximo tampoco quiso hacerlo, así que los dos se tomaron de la mano y se metieron al ropero. El lugar estaba oscuro y con los vestidos de la madre, se le dificultaba el paso, pero ellos seguían y cuando estaban a punto de agarrar a Chuni, la puerta se cerró y los niños, llenos de miedo, cerraron sus ojos y se abrazaron esperando que alguien los venga a rescatar. Estuvieron así varios minutos, hasta que escucharon el canto de un pajarito, los hermanos abrieron sus ojos lentamente y se encontraron en un gran bosque encantado, con árboles y flores de todos los colores y tamaños, y animales de todas las especies. No podían creer lo que estaban viendo. La niña, rápidamente, tomó de la mano a su hermanito y empezaron a recorrer el lugar. Lo primero que vieron fue un arco iris inmenso que se perdía entre las nubes, Máximo tironeó la ropa de su hermana y le señaló una caravana de luciérnagas que se escondía entre los árboles dejando un pequeño destello de luz. Siguieron caminando hasta llegar a un arroyo, ahí se encontraron con el unicornio Willy, que ni bien los vio, les preguntó:

–¿Niños, ustedes qué hacen por acá? -Briana, sorprendida al ver el cuerno y las alas del animal, le dijo:

–Caballito, estamos buscando a Chuni, el mono de mi hermano.

–Já, já, já... ¿Cómo me dijiste? No soy un caballo. ¿No ves mi cuerno y mis alas? Soy un unicornio y me llamo Willy.

–Aaahh... Bueno, disculpame, no sabía tu nombre. Yo estoy buscando al mono de mi hermano, ¿nos podés ayudar a encontrarlo?

–¿Y cómo se le perdió el mono en este lugar?

–No sé, nosotros estábamos jugando en la pieza, nos metimos al ropero a buscar a Chuni y aparecimos acá.

–Mmm... Está bien, hoy es su día de suerte chicos, los voy a ayudar. Súbanse que los llevo a recorrer el lugar.

Al escuchar esas palabras, a los hermanos se le dibujó una sonrisa en el rostro y fueron corriendo a montar al unicornio. Willy extendió sus alas y le dijo a los pequeños que se agarren fuerte, volaron por todo el bosque. Iba de un lado a otro haciendo piruetas. En ese momento, era tanta la felicidad que tenían los chicos, que ya se habían olvidado de Chuni.

El unicornio y los hermanos estuvieron volando por los cielos un buen rato, y cuando estaban por abandonar la búsqueda, Máximo vio en un árbol a su mono, y gritó: ¡ahí está! Willy, rápidamente, fue hasta el lugar y cuando llegaron vieron a Chuni atrapado en la tela de araña que había tejido Marta, la araña de patas largas.

Briana, al ver que Chuni estaba en peligro, le dijo a Marta:

–Araña, soltá al mono que es de mi hermano.

–Já, já, já... ¿Quiénes son ustedes?

–Los amigos de Chuni. ¡Soltalo ya! -le respondió Willy.

–No, de ninguna manera, este mono va a ser mi cena, hace días que no como.

Al escuchar eso, a Máximo se le llenaron los ojos de lágrimas que, lentamente, se le deslizaban por la mejilla. Briana al ver que su hermano estaba llorando, lo abrazó y tiernamente le decía al oído:

–No llores, no llores, ahora nos vamos con Chuni.

Willy intervino nuevamente, diciendo a la araña que libere al mono, porque en el bosque hay bastante comida.

Y Marta enojada le dijo:

–Había, había. Desde que llegó el sapo Pepe, con todos los sapitos, cada vez que quiero ir por una fruta, ellos intentan comerme. Si ustedes quieren a su mono tienen que traerme comida.

–Sí, pero ahora ya es tarde, está oscureciendo - le respondió Willy.

–Bueno, no es mi culpa, yo quiero comida y si ustedes quieren a su mono, tráiganme algo para comer.

Entonces, Máximo recordó que tenía un alfajor que le había comprado su madre, secó sus lágrimas con la manga del buzo, metió su mano en el bolsillo y le dio el alfajor a la araña.

Marta pasaba unas de sus patas por la cabeza de Chuni, y al ver el alfajor que el pequeño le estaba dando, le dijo:

–Con ésto, como hoy, y mañana voy a tener hambre de nuevo.

–Bueno, comételo, que mañana nosotros venimos y te traemos mas comida.

–¿En serio? -preguntó la araña.

–Sí, yo te prometo que si nos das a Chuni, todos los días voy a venir con mi hermana y te vamos a traer comida.

La araña, muy gustosa con el trato, empezó a desenredar a Chuni de su tela y se los entregó. Máximo y Briana llenos de felicidad se abrazaron con su mono. Después de unos minutos, el pequeño le dijo a su hermana que tenían que volver a casa. Briana no sabía cómo hacer, así que le preguntó a Willy, y el unicornio muy amable los llevó hasta una puerta:

–Hasta acá llegamos, chicos, del otro lado está su casa.

Los hermanos le agradecieron al unicornio y le pidieron que se venga con ellos, Willy le dijo que no podía, pero que todos los días, a la misma hora, los esperaría en ese lugar para darle de comer a la araña Marta. Se abrazaron fuertemente y cruzaron la puerta. Los chicos aparecieron nuevamente en el ropero y contentos por haber salvado a su mono y por la aventura que habían vivido, empezaron a acomodar los juguetes. Su madre, al no escucharlos por un buen rato, fue hasta la pieza y les dijo:

–Ustedes ¿qué están haciendo que están tan calladitos? -los niños se miraron y, con una voz cómplice, dijeron:

–Nada, mamá, estamos jugando.

–Bueno, guarden todo que está la comida, ya.

Max y Briana lavaron sus manos y hambrientos se comieron todo lo que su madre les había cocinado. Después de cenar se cepillaron los dientes y fueron a dormir esperando que las horas pasen rápido.

Desde ese día, los chicos esperan que su madre empiece a cocinar para meterse en el ropero mágico y jugar con su nuevo amigo Willy y darle de comer a Marta, la araña de patas largas.

JORGE RIVAS

SOL Y LUNA

Una vez, en una tierra muy lejana, existió un reino llamado Sol y Luna que estaba gobernado por el rey Tomás, la reina Geraldine y su única hija, la princesa Nahilén. En ese entonces, el reino vivía atormentado por unas criaturas que se llamaban Los Sorcs, que cuando tenían hambre se comían el ganado y cualquier animal que tuvieran en los establos; corrían por los techos, golpeaban las ventanas y gruñían de una manera insoportable. Todo éso ocurría por las noches, al amanecer, los campesinos se juntaban en las puertas del palacio y muy molestos le reclamaban al rey una solución por los males que provocaban esas criaturas, oyendo la voz de su pueblo Tomás les dio la orden a los soldados de que abran las puertas del castillo.

– *Gente del reino de Sol y Luna, no teman, he tomado la decisión de mandar a uno de mis mejores hombres: mi compañero de batalla, mi fiel amigo, y el mejor con la espada. Él viajará a tierras lejanas en busca de la solución para combatir a Los Sorcs. Esto se tiene que terminar, depositemos nuestra confianza en el caballero Alejo.*

– *Mis hermanos, quédense tranquilos, que ya mismo partiré, les prometo no volver sin la solución.*

Mientras emprendía su viaje, la gente del pueblo exclamó su nombre con gritos de esperanza, le tiraban flores, pidiéndole que vuelva pronto. El caballero partió a conocer nuevas tierras en busca de algo, o alguien que pueda derrotar a las bestias. Luego de unos días de viaje, llegó al pueblo de los Guerreros, donde, desde muy pequeños, entrenaban a sus niños para que sean los mejores luchadores; entre ellos resaltaba Nicolás, su príncipe, el mejor de todos, que ya estaba en edad para contraer matrimonio. Mientras hablaban Alejo y el rey, el muchacho escuchaba atentamente, y no le agradaba mucho lo que decía el extraño. El rey notó la cara de su hijo y le dijo:

–*Hijo mío, tranquilízate, piensa en el futuro de nuestro reino, seríamos dos naciones en una lucha en común.*

Alejo les dijo:

–*Me parece que se están apurando, todavía no saben contra lo qué tienen que luchar.*

–No importa, no hay nada contra lo que un guerrero no pueda combatir y cuando venza a las bestias voy a pedir la mano de la hija del rey.

–Bueno, tenemos que partir, entonces, que ya llevo mucho días fuera del reino.

Antes de comenzar el viaje, Nicolás le dio un abrazo a su padre y le dejó la promesa de que derrotaría a los monstruos y se casaría con la princesa. Luego partieron rumbo al reino de Sol y Luna. Llegando al palacio, Alejo le dijo al príncipe:

–Nicolás, ahora tendrás que derrotar a Los Sorcs.

–Quédate tranquilo, que un guerrero no falla. Estoy más interesado en conocer a la princesa, ¿me dices su nombre?

–Se llama Nahilén, aparte de hermosa, es una excelente mujer. Mira, ya hemos llegado, esas son las puertas del reino.

–¡Qué grandes son!

Al entrar, la gente los miraba con asombro y alegría, mientras decían:

–Llegaron los que nos van a librar de los Sorcs.

En el palacio, el rey les tenía una bienvenida preparada, con una gran fiesta. La ocasión era perfecta para que se conozcan el príncipe y la princesa. Estando todos reunidos en el salón principal, el rey dijo unas palabras:

–Gente de Sol y Luna, estamos reunidos para darle la bienvenida a Nicolás, el príncipe de los Guerreros. Él, con mucha valentía va a derrotar a los monstruos. ¿Quiere decir unas palabras, príncipe?

–Claro, estoy muy contento de estar acá, pero más felicidad me provoca conocer a su bellísima hija; es la motivación que necesitaba para derrotar a las bestias y luego pedir su mano.

El rey, sorprendido al escuchar sus palabras, rápidamente miró a su hija que no tardó en responder a lo que dijo Nicolás, con estas palabras:

–Mire, príncipe, estoy dispuesta a contraer matrimonio con usted, siempre y cuando cumpla con su palabra de derrotar a los Sorcs sino, no habrá matrimonio.

–Está bien, mi doncella, me lo ganaré entonces, pero antes le preguntaré a usted rey, ¿está de acuerdo?

–Ya ha hablado mi hija, vamos a disfrutar de la fiesta.

Esa noche, comieron, bebieron y bailaron hasta que al amanecer, el príncipe partió en busca de la guarida de los monstruos, Mientras se adentraba en el bosque, cruzó a una anciana que le preguntó:

–¿Qué hace un caballero por estos lugares olvidados?

–Estoy en busca del escondite de los Sorcs.

–Ten mucho cuidado, la madriguera de las bestias está en aquella montaña, si piensas enfrentarlos tienes que matar a la más grande, los demás morirán solos, porque ella es su fuente de vida y lo tienes que hacer antes del anochecer, sino no podrás salir de ese lugar.

–Muchas gracias, señora, no me olvidaré de sus palabras, pero no me ha dicho su nombre

–Mi nombre es Elizabeth, y desde lo profundo de mi corazón deseo que elimine a esas bestias.

Llegando a la cueva de los Sorcs, luego de un viaje tenebroso, empezó a sentir un olor muy feo. Eso no le importó, entró con mucho cuidado. A cada paso que daba el olor se hacía más fuerte, las criaturas empezaban a

aparecer por todos lados, pero estaban dormidas. Entre ellas vio a la más grande, sin pestañear desenvainó su espada, fue a atravesar el corazón de la bestia. Cuando de repente, algunos Sorcs se despertaron, al ver al intruso lo atacaron sin piedad. El joven, muy ágil con la espada, tan sólo con agitarla de lado a lado, se deshizo de las bestias, hasta que una lo atacó por la espalda. Forcejeando como pudo se lo sacó de encima y lo atravesó. Al ponerse de pie, pensó en la promesa hecha a su padre, y de un salto clavó su arma en la gran bestia que dormía sin darse cuenta lo qué sucedía, y lo único que hizo fue gritar hasta que se convirtió en cenizas al igual que los demás Sorcs.

Regresó al castillo, muy herido pero triunfador, lo recibió Nahilen, y muy contenta de verlo, le dijo:

–Descansa, Nicolás, que mañana seré tu esposa, voy a hacer todos los preparativos para nuestra boda, la haremos al atardecer.

El rey, muy contento por la victoria de su futuro yerno, dio aviso que al día siguiente sería un día de fiesta. Muy temprano, en las puertas del castillo se reunieron los campesinos, como de costumbre, pero ahora no para

quejarse, era para agradecer que ya los Sorcs no les comerían sus animales y no sufrirían sus ataques nunca más. Al abrirse las puertas del palacio salió la familia real. Tomás, habló al pueblo las siguientes palabras:

– Amado pueblo, hoy es un día de festejos, celebraremos dos cosas: primero, la unión de mi hija en matrimonio con el príncipe de los Guerreros, Nicolás. Y segundo, que ya no viviremos bajo las maldades de esos malditos monstruos, gracias a mi futuro yerno.

Esa misma tarde se casaron, y así nació un amor que fue conocido por todo reino cercano y lejano. Nahilén y Nicolás formaron una hermosa familia y vivieron felices por siempre.

JUAN CORRALES

EL PRÍNCIPE THIAÇO

En los más alto de las montañas, el rey y su príncipe tenían su castillo, era muy grande, muchas habitaciones, sala de juegos. Pero llegó un momento donde el principito se sentía aburrido, llegaba la hora donde caía la tarde y venía la noche, lentamente se deprimía mucho. El padre fue notando ese cambio, su cara lo decía todo y sus actitudes lo ayudaban, no eran las mismas, éso lo fue preocupando mucho al rey Juan.

Pensaba cómo podría hacer para no verlo de esa forma, un día se le ocurrió regalarle un elefante. Thiaguito, sentado en el trono, con su mejor prenda, una mueca pudo decir todo; no le había gustado para nada ese obsequio, así iban pasando los días. El padre, muy preocupado, a cada momento traía un animal nuevo, pato, ganso, caballo, ovejas y el palacio se iba convirtiendo en una granja, pero el niño seguía triste.

Una mañana en la que el sol resplandecía en lo más alto del cielo, decidieron cabalgar por los bosques en busca de otro aire, quizás éso caería bien al joven. Prepararon sus mejores caballos, y con cuatros escoltas

más emprendieron el viaje. A tranco lento fueron cruzando ríos y arboledas gigantes. Esa mañana, el silbido de distintos pájaros daban la armonía del lugar, todo era paz. Ya con los animales muy cansados y con bastante calor; el Rey eligió una sombra hermosa al costado de una catarata pequeña donde la vista era una de las mejores.

Había peces de todos colores y tamaños y se lucían en las aguas cristalinas del lugar, dando su mejor show, saliendo del agua y haciendo piruetas en el aire. Caminaban lentamente por el costado del arroyo, como contando los pasos, y sin darse cuenta se perdieron en lo más profundo del bosque. Al oír ruido en los matorrales, el principito agarró fuerte la mano de su padre, inmediatamente, los escoltas fueron a ver qué era lo que estaba pasando y descubrieron que había una lobita muy pequeña, acostada y con una pierna lastimada.

Llamaron al rey, y se acercaron los dos, el jovencito Thiagito abrió grandes sus ojos, el padre lo miró, y pudo darse cuenta que su rostro se le llenó de felicidad. Al ver al indefenso animalito, no dudó en pedirle si lo podrían llevar al castillo, él, no muy conforme, le advirtió que era

un animal salvaje, pero no podía romper con la felicidad del niño y lo cargaron con ellos rumbo al castillo.

Al llegar, el pequeño lo acomodó en una de salas de juego, le dio de comer y de beber. Un asistente la curó. Fueron pasando los días, la loba mejoraba muy rápido, y hasta le pusieron nombre, la bautizó como Lola. Hicieron una buena amistad, en todo momento estaban juntos, así iba pasando el tiempo, crecían los dos, y cada invitado que venía al palacio, cada vez que veían a Lola, sentían miedo. Sucede que para ellos, no tenía buena presencia, solamente el joven podía estar a su lado. Los años pasaron, el joven y Lola ya eran adultos.

Thiago se enamoró de una muchachita, pronto se convertirían en los futuros reyes y tendrían su familia. Con la llegada de un nuevo principito, Lola quedó a un costado, toda la atención se la llevaba el pequeño, ella quería llamar volver a ser el centro, pero Thiago estaba muy entusiasmado con su hijo. Se puso muy fastidiosa. Una tarde, justo cuando el sol se venía ocultando por detrás de las montañas, el animal, de tanta rabia y celos y muy enfurecido, quiso atacar a un empleado cuando se le

acercó a darle de comer. El muchacho, muy asustado y con la cara pálida, le comentó lo sucedido al joven Thiago. Él, por precaución, tomó la decisión de regresarla a su hábitat donde lo había encontrado hace años.

La cargaron en una jaula, arriba de un carruaje y se dirigieron a lo más profundo del bosque. El príncipe, quien era el nuevo soberano, fue el encargado de abrir el jaulón y darle su libertad. Esa tarde, la loba, apenas se abrió la puerta, de un salto se perdió en los matorrales. Él la perdió de vista al instante, sabía que ella iba a ser feliz. Volvieron al palacio, su rutina seguía normal. Los meses pasaban como si nada, ellos eran felices y a Lola no se la vio más; el niño, cada vez más enorme, por las tardes de verano donde el calor era muy fuerte, solía salir a un balcón donde tenía como vista lo más lindo del bosque, la montaña más grande y hermosa del valle. Una noche pudieron apreciar cuando la luna venía apareciendo por atrás de esa montaña, tan lentamente, que terminó siendo una luna llena, y para acompañar, se pudo ver que en la cima se paró un lobo como aullándole a la luna emitió su mejor grito, tan largo y claro que les llamó la atención.

Él se dio cuenta que esa loba era Lola y lo puso tan contento porque la vio con un lobito y un lobo, o sea, que ella, también había formado su familia. Desde ese día, todas las lunas llenas, él espera para ver a Lola, la Loba.

Juan Ruiz

Las ardillitas

En Calzada vivía una familia integrada por papá, mamá y sus dos hijos. Siendo que el varón se encontraba cursando la primaria es por eso que todas las mañanas, su madre se encargaba de llevarlo y traerlo. Como recompensa por tener un día exitoso, de regreso al hogar, pasaban por un local de video juegos. Darío se ponía muy alegre y al llegar a su casa esperaba a su papá sentado en una piedra que había en su jardín. Cuando lo veía venir salía corriendo muy contento, lo abrazaba diciéndole: *"hoy aprendí trucos nuevos, en el jueguito hay un mago llamado Chuzzo, él hace aparecer unas ardillitas muy lindas"*. Su padre se sentaba y escuchaba, muy atentamente, las cosas que decía. En su rostro pudo ver su felicidad, pero eso no le alcanzaba, su objetivo era poder comprarle su propia *Play*. Hasta que una tarde pudo hablar con un amigo y le comentó lo sucedido, que realmente necesitaba otro empleo por el motivo que deseaba regalarle el juego que tanto quería su hijo. El muchacho le advirtió que la pizzería del barrio estaba necesitando un repartidor y que los horarios coincidían

justo cuando terminaba su jornada; sin dudar, se dirigió hacia el lugar, logrando tomar el puesto.

Darío, como todos los días, lo esperó y al ver que se hizo la hora y no llegó, se recostó y se quedó dormido en un sillón. Así los días pasaban y, como si nada, el niño preguntaba a cada momento por su padre. Marcela, para no arruinar la sorpresa, siempre inventaba una excusa nueva. Así se acercó fin de año, el niño había terminado el colegio con un buen rendimiento y con el esfuerzo de sus padres consiguieron comprarle el juego que tanto deseaba. Darío, muy contento, se quedaba hasta tarde jugando al jueguito de las ardillitas.

Un día como cualquier otro, de pronto, oyó un ruido de esos que explotan en el cielo: era un fuerte relámpago y vio pasar a una ardillita que atravesó un tronco hueco. Él la persiguió de inmediato porque llamó su atención, cuando se metió por el hueco, el niño también lo hizo... pero no pudo pasar lo suficiente como para terminar de entrar, sin embargo, desde el sitio donde se había quedado, podía oír y ver todo. A él no lo veían porque se encontraba oculto, las ardillitas hicieron su vida como la hacían siempre y no

se dieron cuenta que tenían un intruso en la casa. Esta experiencia que el niño tuvo, le cambió la vida porque vio de muy de cerca cómo vivían estos animalitos y se dio cuenta de que eran iguales a los humanos: ellos cantaban, bailaban, se amaban, se daban mucho cariño y amor. En un momento determinado de la noche, el papá ardillita sacó de su bolsillo unas monedas de oro para sus hijos, y para su amada mujer le dio una piedra grande, muy brillante, algo fuera de lo normal.

Pero para ellos sólo era una piedra brillante y para los humanos tenía mucho valor, por éso las guardaba en el armario. Darío pensó en quitárselas para poder convertirse en rico, éso se le cruzó por la mente pero cambió su opinión porque ya empezaba a sentir mucho cariño por las ardillitas. Cuando la familia lo encontró, de inmediato quisieron interrogarlo, y así, se aseguraron, también, de que nunca maltratara a los animalitos y lo dejaron ir con una condición, y como obsequio por la visita, le dieron todas las monedas de oro que guardaban. De todos modos, no pudo salir de ahí con el oro, porque no logró hacerlo pasar por el tronco, aún así, al día siguiente

pensó que todo fue un sueño y comprobó que era verdad cuando la ardillita le habló nuevamente.

Leo Zacarías

La princesa Aixa y su elefante Pepín

Era una tarde de otoño, de esas en la que el viento sopla muy fuerte y las hojas caen de los árboles. Había un circo muy cerca de nuestro castillo de dos pisos, con dos ventanas en el frente. Abajo, una habitación que la habitábamos la reina María José y yo, el rey Lucas. La princesa Aixa tenía su propio cuarto, ella lucía el pelo negro, largo, liso y muy bonito, con su piel blanca, era tan dulce y amorosa que era el encanto de todas las personas que vivían en los castillos vecinos. Una tarde quería ir al circo, nos cambiamos, la reina peinó a la princesa con dos trenzas muy largas y salimos rumbo allí en nuestro carruaje. Al entrar dijo: "wuuu", sorprendiéndose con la música, antorchas, magos y animales de todo tipo. Pero sólo se encariñó con un elefante llamado Pepín, que era gordo y pesado como un camión, cuando corría se le caían los pantalones porque no tenía cinturón, y él, con sus enormes patas se los subía. Su función en el circo era andar en una moto muy chiquitita, subirse a una pista muy rápido y bajar para que la gente lo viera, y se divirtiera.

El circo estaba colmado de reyes, reinas y princesas que habían ido a ver la función. Aixa, cuando vio a ese grandulón, quedó fascinada y en medio del bochinche que hacían esos animales, me miró con esos ojos tan lindos, llenos de ternura y muy emocionada me pidió adoptarlo como mascota. Luego de que el show terminara, subimos a nuestro carruaje para regresar a nuestro hogar, ya casi era la hora de la cena y las sirvientas tendrían la mesa servida; al llegar, cenamos y nos fuimos a dormir.

El nuevo amanecer había llegado, mi princesita, tan bella y además caprichosa, seguía con el elefante Pepín en su cabecita... y lo quería y lo quería. Al transcurrir unos minutos, le comuniqué al chofer del carruaje que me lleve a hablar con don Segundo, el dueño del circo, sobre el elefante que tanto quería Aixa. Mi llegada al circo revolucionó todo. El lorito Carlitos era tan metido que escuchó la conversación que tuve con Segundo y le contó al monito Mario y al león Baltazar. Mario también le contó a la ardilla y así se enteró todo el circo de que una princesa quería adoptar a Pepín. Si éso se hacía realidad, yo dejaría que todos sus amigos lo vengán a visitar cuando él quiera,

porque nuestro castillo era cercano al circo. Pepín, con lo que le habían dicho, de que la princesa Aixa lo quería mucho, muy contento se puso y saltaba de alegría. Ese hombre aceptó que lo adoptemos, y tuvimos que regresar a buscar un carruaje más grande, así podíamos trasladar a Pepín a nuestro palacio. Transcurridas unas horas, al fin pudimos llegar con el objetivo cumplido, Aixa miró por la ventana y salió corriendo, me abrazó y le dio un beso a ese enorme elefante. Él entró a su nuevo hogar, muy diferente al de antes, en su cara se notaba una enorme felicidad y fue corriendo al patio, una vez más, sus pantalones se le caían y la princesa se reía mucho, mucho, mucho. A la noche cenamos todos en la mesa y Pepín, en un momento, se puso triste; entonces, le preguntamos qué le pasaba y dijo que extrañaba mucho a sus compañeritos del circo, la princesa lo abrazó y lo contuvo. Ahí se me ocurrió una idea: Por qué no hacer un circo en el patio de esta enorme mansión. Entonces, mandé a construirlo. Estos hombres lo levantaron en diez días. Había que inaugurararlo y pensamos con la reina y la princesa llamar a todos los amigos de

Pepín, le pedimos a nuestro mensajero que llevara la carta de invitación a don Segundo y sus animales.

El día de la inauguración estaba por llegar, los hombres que estaban bajo mis órdenes ya habían adornado todo el circo con luces de todos colores, pistas, antorchas colocadas en las entradas, aros con fuego para que el león saltara y camas elásticas. El día más esperado por todos llegó. Cuando asistieron, el elefante corrió abrazarlos y entraron fascinados por ese nuevo circo, el lorito Carlitos, el monito Mario, el león Baltazar, la ardilla, la perrita Pepa y muchos animales más, decidieron vivir allí. Nuestro castillo fue el único con circo y la princesa Aixa vivió feliz por siempre.

Lucas Mansilla.

Más que un sueño, un deseo cumplido

Ya era tarde en la noche, la niña estaba muy inquieta, a pesar de la hora parecía no tener sueño; su mamá no podía más del cansancio, y su papá también estaba cansado, había sido un día totalmente agotador. A pesar de éso, se ofreció ser él quien intente calmar a Bianca. Tomó a la criatura entre sus brazos, ella lo miró a sus ojos con una ternura que derritió su corazón, una catarata de emociones corrieron por el interior de aquel hombre. La pequeña, de tan sólo dos años era hermosa, sus ojos grandes, de sonrisa cautivante, dueña de un carácter bastante peculiar; por momentos prepotente, y de a ratos era la dulzura echa carne. Sin dudas, Marcos estaba profundamente enamorado de su hija. Casi una hora llevaba tratando de hacer dormir a la peque, pero ella parecía tener pilas para rato y a su papá se le ocurrió una idea: leerle un cuento, pero antes le habló de esta manera:

–*Mi reina, ¿usted no se piensa dormir?* –ella simplemente lo miró y lanzó un:

–*Papá, mamá, mía –él, sonrió y continuó diciendo.*

–Sí, mamá tuya, y papito también, te amo tanto mi gordita hermosa -Bianca contestó:

–Amo, papi -y le dio un beso. El más dulce y tierno beso que un hombre puede recibir de los labios de su hija amada.

Con la chiquita aún en brazos, el emocionado padre fue a la pequeña biblioteca y agarró un cuento infantil; en la tapa decía "Las Aventuras de Luz". Llevó a la niña a su cama, la acostó, tapó bien su cuerpecito, agarró una silla que tenía cerca, se sentó, abrió el libro y comenzó a leerle.

"Había una vez una niña llamada Luz, ella vivía con sus padres y sus tres hermanas. Era la más chica de todas, y también la más caprichosa -la niña interrumpió el relato.

–Papá, yo, papá -luego de una sonrisa, él le dijo:

–Si, mi amor, sos vos, pero dejame seguir ¿sí?, "...un día, los papás de Luz decidieron llevar a las cuatro niñas a compartir una tarde en familia en el Parque Lezama. Esa mañana prepararon todo bien temprano y salieron rumbo a aquel hermoso lugar. El viaje, la verdad no fue muy largo, ni complicado como aquellos papis lo habían supuesto.

Al llegar, Carolina, Daniela y Zaira quedaron maravilladas, a la más pequeña no le daban los ojos para ver, recorría con su mirada el gran parque y sus dientecitos se lucieron tras una sonrisa contagiosa...”

– *Papi*

– *¿Qué pasa hija?*

– *Luz, yo, papá.*

– *Si, mi reina, vos sos Luz, ¿te sigo contando?*

– *Ajá.*

– *“...lo primero que pidieron las chicas fue que le comprasen algodones azucarados...”*

Aunque lo intentó, el pobre papá no pudo terminar su cuento, el sueño le ganó y quedó dormido con la cabeza apoyada en la cama de su hija. La nena lo miró, y una sonrisa picara se dibujó en su rostro y, muy lentamente, también ella quedó dormida. Marcos despertó como asustado, estaba en la cama de su hija y a su lado, sentada, una niña de unos ocho años, su cara le era conocida, sus bucles negros, sus ojos, su sonrisa eran inconfundibles, era Bianca, a pesar de la sorpresa le preguntó:

–¿Estoy soñando?

–No, es mi sueño.

–¿Tu sueño?

–Sí, mío, y necesito que me escuchés por favor. El cuento que me leías antes de quedarte dormido no me gusta, pero me encanta que te hayás esforzado de esa manera. Ahora yo voy a contarte una historia:

"Había una vez una niña muy bonita, y para nada caprichosa, a veces se portaba mal, pero sólo lo hacía porque extrañaba mucho a su papá. Una noche, la pequeña decidió no dormir hasta que su padre no la tomara en sus brazos, la mimara, le dijera lo mucho que la amaba, la cobijara y se quedara a su lado hasta que se durmiera. No lo hizo por capricho, ella, de verdad necesitaba pasar aunque sea un ratito con ese hombre que tanto amaba; él, sin saberlo, cumplió su deseo y a pesar de que se quedó dormido mientras le contaba el cuento, para ella fue un momento mágico. Cuenta la historia, que cuando su padre se durmió, la niña lo miró, se sonrió, le dio un beso y luego de decirle te amo, también ella se durmió profundamente".
Marcos... todo lo que esa niña desea, es que estés a su lado,

te necesita y te ama con locura. Ah, otra cosa, para la próxima, me gustan los cuentos de hadas, duendes y unicornios, pero gracias, esta noche, por fin sentí tu amor, te amo papá...

Cuando el hombre despertó, Bianca dormía. En su rostro una sonrisa, y entredormida se le escuchó decir:
"Papá, mío"

MARCOS UTCHURU

MI HERMANO, EL HÉROE

Una noche, al apagar la luz de su habitación, Luki sintió miedo, y así, con ese temor, tapado hasta la cabeza logró quedarse dormido. Los fantasmas eran tres, Tiburón, el Hongos y Nariz Chata, quienes, por desgracia, lo agarraron y lo iban llevando hacia la oscuridad, esa que a Luki tanto le aterraba, gritaba y hacía fuerzas para escapar de las manos de estos malvados que tanto tormento le causaban. Mientras él luchaba sin poder lograr nada, una luz rompió en medio de las tinieblas y los tres malvados fantasmas tuvieron que soltarlo. Era un monje que pasaba por ahí con una lámpara en su mano.

–No temas, niño y sígueme que no existe ningún mal que pueda vencer a la luz -Luki dejó de tener miedo y caminó junto al monje, que como por arte de magia desapareció...

–Tranquilo, hijo, solo fue una pesadilla.

Su madre sentada en la cama de Luki, en un abrazo fraternal, le ponía fin al miedo de su hijo, que por los gritos la había despertado, y no sólo a ella, también a su hermanito.

Lucas, o Luki, como lo llamaban, era un niño de diez años, bastante travieso y un poco desobediente como la mayoría lo es a esa edad. Compartía la habitación con su hermano Andrés, cinco años menor, más conocido como Fermín; apodo que su padre le puso en honor a su abuelo, Andrés usaba varios disfraces, uno era el de Capitán América, otro del Hombre Araña, el preferido diría yo, y por último el de Batman. Un rato después, con una caricia y un beso en la frente, mami le dijo que tendría que volver a dormir porque era muy tarde, ya que al colegio no podía faltar. Pero Luki pidió por favor que la luz no se apagara. Protestando, Fermín dijo que no podía dormir con la luz encendida, entonces, su hermano decidió, de ser así, compartir la cama con él, y sin oponerse aceptó. Pronto la pesadilla se apoderó de él en su sueño, nuevamente, y los tres fantasmas se hicieron presentes dando vueltas a su alrededor con el fin de marearlo y llevárselo. Logrando el objetivo, los malvados fantasmas, que con risas y aullidos, arrastraban al muchacho hacia la oscuridad.

–Yo soy Tiburón y con mis filosos dientes comeré tu cuerpo muy lentamente para saborearte mejor.

–Yo soy Nariz Chata y con sólo acercar tu rostro junto al mío y oír mis aullidos llorarás hasta el cansancio.

–A mí me llaman el Hongos, porque cada vez que toque tu piel, la rascarás hasta sentir mucho dolor...

Muy aterrado, pudo darse cuenta de que los tres fantasmas no podían ver a Fermín. Por un momento, tampoco se había percatado de que traía a su hermano tomado de la mano, éso lo puso muy contento; pero, más feliz se sintió cuando notó que Andrés tenía puesto el disfraz del Hombre Araña. Sabía que él no lo dejaría solo porque su hermano era un héroe, y por lo tanto lucharía contra el mal....

En un momento supo que tenía que soltar la mano al Hombre Araña para que no sea atrapado... y así lo hizo. Los gritos de miedo de los otros chicos se escuchaban, cada vez, más cerca. La oscuridad no le permitía ver nada, sólo sentía como lo empujaban y lo encerraban en algo que se elevó automáticamente hacia arriba. A su alrededor solo escuchaba llantos, nadie hablaba, haciendo que sus lágrimas ahogaran su garganta, esperó que aquel monje viniera con su lámpara, pero fue en vano. Escuchaba como

puertas de rejas se abrían y cerraban, pensando que pronto vendrían por él. En su mente llamaba al Hombre Araña, que no se tardara tanto porque tenía mucho miedo. Arriba de su cabeza presentía que algo lo vigilaba, era como un pájaro que aleteaba las alas con mucha fuerza, sentía que todo llegaba a su fin, que los tres fantasmas vendrían a cumplir las promesas que le habían hecho. Sintiendo al borde del desmayo pudo ver que una luz se acercaba a toda prisa hacia donde estaba, eso le devolvió la fuerza para ponerse de pie. Con ojos de búho miraba y esperaba su liberación, era el Hombre Araña que venía iluminando un largo túnel, la entrada de una cueva que fue descubriendo a medida que su héroe avanzaba rompiendo la oscuridad aquella que Luki tanto temía. A su alrededor fue descubriendo que muchos niños estaban como él, prisioneros en una jaula suspendidas en el aire y lo que sintió como un pájaro, eran gárgolas guardianes de cada uno de ellos. Y al quedar el lugar iluminado, recordó lo que el monje le dijo y una sonrisa se le dibujó en el rostro haciendo que el temor desapareciera. Mientras que el Hombre Araña peleaba con los malvados que atemorizaban

a los niños que le temían a la oscuridad. Uno a uno fue atrapando con su tela araña y, al mismo tiempo, lo liberó para que lo ayudara con los demás chicos.

Todo terminó felizmente, los fantasmas se fueron para nunca jamás volver... Cuando Lucas despertó estaba abrazado a su hermano que dormía como un ángel con su traje del Hombre Araña. Lo miró, le dio un beso y en voz baja, le susurró: "... mi hermano, el héroe".

MARIANO WALDELMAR

EN LA SELVA. LA UNIÓN PUEDE MÁS

Cuenta la leyenda, que en una selva lejos de toda ciudad, habitaban muchas especies de animales, aves y reptiles, y una vez al año tenían la costumbre de reunirse en una montaña para charlar sobre problemas y diferencias que había entre ellos. Luego de la reunión, sólo quedaba esperar el consejo de un águila viejo que siempre vivió en esa montaña. Este aguilucho era el más sabio de entre todos los que allí se juntaban, y sus consejos eran los que siempre daban buenos resultados y lograban mantener la armonía entre todos los habitantes de aquella selva. Esta costumbre la repitieron por muchos años, hasta que un día, mientras la tranquilidad llenaba aquel lugar, un león muy feroz y con un apetito insaciable, llegó de una manera imprevista, diciendo:

–Yo soy León O, rey de la selva, escuchen atentamente mis palabras.

Su aspecto daba pánico, sus dientes se veían enormes y afilados, su melena era la de un macho de la manada, y su rugido hacía temblar a todos los animales.

–Mañana, a esta misma hora, voy a volver a este lugar con mucha hambre, y quiero dejar en claro que me voy a comer al más feo de todos ustedes.

Los animalitos oían atentos, y cuando dijo "feo", todos giraron a la misma vez sus cabezas clavando sus miradas sobre el sapo Pepe.

–León, racista -murmuró el sapito, mientras el amenazante se perdía entre la maleza.

Entonces, cada cual comenzó a respirar profundamente, y la cebra dijo:

–A mí, de seguro no me va a devorar, porque soy hermosa y tengo muchas rayas en todo mi cuerpo.

–Bueno -dijo la jirafa- *entonces a mí tampoco, porque también soy guapa, tengo patas largas y soy demasiada alta.*

Un bambi, también acotó diciendo que su lacio pelaje y su pituco andar lo hacían muy lindo y de seguro no estaría en la boca del león al día siguiente. La noche, rápidamente, cayó sobre el lugar, eran cuestión de horas para que llegase el amanecer, todos se sentían seguros, confiando en las cualidades que cada cual tenía; pero Pepe

se sentía aterrado y lloraba desconsoladamente, gritando:

–¿Por qué la madre naturaleza me hizo tan feo?! Por la mañana estaré entre los dientes de ese depredador malvado.

El águila, que tenía la capacidad de oír desde la montaña, comenzó a quejarse porque el sapito no la dejaba dormir, entonces bajó volando y le dijo:

–Sapo maricón, dejá de llorar, todos sabemos que sos feo, pero cuando el león se presente, lo único que puede salvarte es llamar su atención y hablarle.

–¿Y qué le digo?

–Inventate algo que lo haga cambiar de opinión -le respondió el águila, y volvió a su nido a seguir durmiendo.

El amanecer llegó, y un rugido que anunciaba su llegada se hizo oír desde lejos, y todos se pusieron en fila para esperar el veredicto de León O.

–Ya estoy aquí -dijo.

Y comenzando a pasar por al lado de cada animal, los observaba detenidamente, haciendo recorrer su lengua por toda su boca. Una vez que llegó a Pepe, comenzó a

frotar sus garras y su enorme boca empezó a abrirse, entonces el sapo gritó.

-¡¡¡Nooo!!!

-¿No, qué? -dijo el león.

-Si me comés, podés morirte, porque en mi espalda tengo veneno, que me pusieron los bambis, las jirafas y las cebras, todos ellos le exprimieron el veneno a una serpiente y lo volcaron encima mío.

-Mentira -dijo la jirafa.

-¡Sí, está mintiendo! -gritó la cebra.

-Comelo, ahora -dijo un bambi.

-Ah ¿con que están en complot contra mí? -dijo el león y se comió a la jirafa, la cebra y al bambi.

-Mmmm, delicioso -dijo al terminar su banquete, y amenazó volver el próximo año.

Al siguiente día, todos los animales fueron a quejarse delante del águila porque no estaban de acuerdo con lo que el sapito había hecho, entonces el viejo y sabio aguilucho les dijo:

-Queridos amigos, siempre les he dado mis consejos con el fin de mantener la paz y la armonía entre todos

ustedes. Debían ayudarse unos a otros, pero en el momento de poner en práctica aquello que les enseñé, cada cual obró de manera egoísta, el pobre sapo tuvo que defenderse sólo, y si todos ustedes lo ayudaban, nadie hubiese sido devorado.

Al año siguiente, dicen que el león volvió, pero esta vez se encontró con una sorpresa, todos juntos lo enfrentaron hasta que hicieron que él desista de sus ataques, y nunca más regresó a esa selva, porque allí había una gran familia que luchaban en unidad, cuidándose unos a otros.

MARIO COLMAN

El bosque

En aquel bosque vivían dos princesas, Uma y Nicole, ellas estaban felices. Su sueño era tener su propio parque de diversiones para sus amiguitos que vivían en su reino. Muy ansiosas empezaron a construirlo con ayuda de sus mejores amigos: el buitre Lucas, la serpiente Chuki y muchos más, hasta que un día pasó algo que las dejó muy sorprendidas. Una mañana, Uma fue a buscar a su hermana, notó algo muy extraño en ella: tenía las orejas muy largas, la nariz redonda y dientes muy largos. Sucedió que había caído una maldición de la bruja llamada Estefania. Las princesas necesitaban ayuda de Martín. Para encontrarse con él debían pasar por el Laberinto Sin Salida, con la ayuda de Campanita Brisa para que las guiara desde el aire, porque se decía que ahí vivían ogros muy feos a los que les gustaba asustar a las niñas que pasaban por el lugar. Con su bola de cristal vio llegar a las niñas y entrar al lugar prohibido, entonces mandó a sus criaturas. Ellos eran tan feos que, el solo mirarlos producían miedo, y para evitar que lleguen al palacio, gritaban ferozmente; pero ellas, con ayuda de los duendecitos y el dragón Guille,

lograron atravesar y evitar ser atrapadas por los bichos. Al llegar al castillo pidieron hablar con el príncipe y así hacerle saber lo qué había pasado, Martín tomó la espada de la justicia, y levantándola, les dijo: *yo las ayudaré, mis doncellas*. Se subió a su caballo blanco y empezó el viaje hacia la cueva de la hechicera. Después de dos días y medio llegaron al lugar y el dijo que las iba ayudar a que vuelva a la normalidad... a ser como era.

Entró, y pasando por varios lugares horrendos con criaturas de dos cabezas que se balanceaban hacia él, pero la espada que llevaba con le era de mucha ayuda. Después de tantas peleas, muy agotado pudo dar con la malvada y le ordenó que rompa el daño que le había hecho. Y ella, con su varita, empezó la gran batalla; en un momento, le tiró un rayo de colores, él, con un movimiento, pudo esquivarlo. Luego sacó un boomeran y se lo lanzó, dando en su varita. Sin saber qué hacer, sacando varias pócimas que, al arrojarlas, salían feos monstruos horripilantes. Ya, sin más nada que tirarle, se rindió rompiendo todo hechizo malvado y así pudo lograr el objetivo de que deje a los niños en paz, y así, el dragón, las subió a su lomo y tomó

vuelo. Las princesas, muy tristes por ver que el príncipe no salía, una de ellas miró hacia el escondite y lo vio salir, al bajar le dio un fuerte abrazo diciéndole que ahora sí podrían seguir con su sueño de construir lo que tanto querían para sus amiguitos y lo llamarían El Parque de los Sueños. Con mucha felicidad regresaron e hicieron lo que tanto querían y lo que tanto les gustaba: pasar lindos momentos y jugar con todos sus amigos del bosque y seguir divirtiéndose como siempre lo hicieron, y él, contento por haber logrado ayudarla, regresó a su castillo, sabiendo que todo tuvo un final feliz por siempre.

Martín Álvarez

Un zurdazo increíble

Todo comenzó cuando en la Ciudad de las Oportunidades, se realizó un hermoso evento, con varios personajes disfrazados, los más divertidos juegos, payasos, ricas golosinas y lo mejor de todo, un inolvidable concurso por el Día del Niño. En la puerta de ingreso, el increíble y poderoso Gokú y su archienemigo Vegeta, repartían a los pequeños, los numeritos con los cuales, más tarde, se podrían ganar fabulosos premios.

Los chicos, saltaban felices y locos por aquellos personajes disfrazados de superhéroes rondando el lugar. Golosinas de todo tipo, copos de nieve, manzanas con pochoclos y en el centro del lugar, resplandecían aquellos botines mágicos que todo niño sueña tener. Anaranjados, brillantes y con tapones de acero. Que serían sorteados aquella linda tarde del día veinte de agosto del dos mil diecisiete. Gritos de felicidad y alegría recorrían los pasillos llenos de máquinas de videojuegos, calesitas, metegoles y miles de payasos que corrían de un lado a otro regalando globos y caramelos. Matías, recibió el número 10. Después de darle la mano y un fuerte abrazo a su héroe

favorito, nada más y nada menos, que al grandioso Gokú, su hermanita Alma, de tan sólo dos años, recibió el número 5 y un buen abrazo de Blancanieves. Ambos, soñaban con ser los superhéroes de la Ciudad de las Oportunidades. Los niños, entusiasmados, esperaban la hora del sorteo. Eran las tres de la tarde, sólo faltaban 30 minutos para que llegase el tan ansiado momento.

Los chicos, maravillados, se lucían en cada juego. Una carrera de muchachitos dentro de una bolsa y saltando como canguros, acababa de finalizar. El premio al ganador fue un hermoso camión de madera barnizada, con su acoplado lleno de las mejores golosinas. A sólo cinco metros de ellos, cuatro chicos formaban una ronda alrededor de tres sillas y al ritmo de una canción, corrían rápidamente y cuando la música dejaba de sonar, cada uno tendría que ocupar una silla, y el que quedaba sin sentarse perdía la competencia. El premio de este juego fue el hermoso vestido de Violetta, una princesa que toda niña quería ser. La ganadora de este grandioso premio, fue Alma, quien sería, de hoy en adelante, una princesa encantadora. Alma, saltaba de alegría al recibir el

extraordinario premio. Una bocina similar a la de un camión sonó, como advirtiendo el comienzo del sorteo. En el fondo del lugar se levantaba un escenario repleto de juguetes y regalos que resplandecían. EL hombre de bigotes largos y de fino traje gris, comenzó a pedirles a los niños, por un micrófono, que se acercasen para darle comienzo al tan esperado y más grande sorteo.

Luego de haber sorteado varios juguetes, entre autos, camiones y muñecas, llegó la hora de ver quién sería el dueño de los asombrosos botines mágicos. Maty anhelaba de todo corazón tener esos botines, miraba con atención lo que decía aquel hombre, que tardaba tanto en decir un número. Con una bolsa llena de números, se acercó a un niño y le pidió que tome uno. El pequeño agarró un papelito y se lo entregó, el señor miró el número y dijo:

–El ganador y nuevo dueño de los más rápidos y goleadores botines, esss... ¡El niño que tenga el númeroooo, dieeezzzz!

Maty, largó una sonrisa de oreja a oreja en cuanto escuchó el número que él tenía, saltaba de alegría, no podía creer que aquellos hermosos botines serían usados por él.

Levantó la mano, y con el numerito en alto fue corriendo entusiasmado a buscar su premio.

Ese 20 de agosto, fue el mejor día de todos; Matías y Alma terminaron tan cansados, que su madre tuvo que llamar un remís para volver a casa. Y no sólo éso, tuvo que bajarlos a upa, porque, al llegar, ya estaban dormidos. Al otro día, Maty desayunó apurado por la emoción de usar sus nuevos botines. Luego salió corriendo a buscar a sus primos. Después de haber juntado a varios niños para el partido y niñas que serían las porristas, se fueron todos, rumbo a la cancha. En el camino, Maty pensaba en cómo sería su primer gol de chilena, de rabona, de volea, o de un buen zurdazo de tiro libre. Con esos grandiosos champions, todo podía pasar.

Llegaron a la cancha y luego de hacer pan y queso, armaron dos equipos de cinco. Gael, Thiago, León y Gadiel, jugaban con Maty. Mientras que el otro equipo fue formado por Axel, Kevin, Ramiro, Jeremías y el gordito Uriel. Las alentadoras de ambos equipos serían, Melody, Agostina, Nazarena, Candelaria, Briana, Maite, Dionela y Brisa.

El juego comenzó. Después de varios minutos de partido, y entre gambeteadas y pases, León tomó la pelota en campo contrario, que de un rebote cayó en sus pies, dejó a Ramiro y a Jeremías en el camino, y de un derechazo la mandó al fondo de la red, marcando el primer gol del partido. Kevin, alzó la pelota en sus manos y fue corriendo a la mitad del campo para seguir el juego. Se la dio a Ramiro, que de primera se la pasó a Uriel tomó el fútbol y, corriendo por la banda izquierda, tiró el centro. Jeremías, que era el más alto en la cancha, saltó, y de un cabezazo empató el partido. El juego estaba caliente, los dos equipos querían ganar. Gadiel sacó del medio, se la dio a Thiago, Thiago corrió, y en cuanto vio a Gael sólo a tres cuartos del campo contrario, se la dio. Gael le pegó al arco y Uriel, volando al palo derecho, pudo desviar la pelota y mandarla al corner. León corrió y acomodó la pelota para hacer el tiro de esquina. Tiró el centro, pero Jeremías sacó la pelota de un frentazo casi hasta mitad de cancha. La pelota rodó en el aire dirigiéndose a Matías, que se había quedado por si había una contra. Matías, sin pensarlo dos veces y sin dejar caer el fútbol, le dio un

zurdazo increíble. El gordito Uriel voló intentando desviar la pelota, pero iba con tanta fuerza, que se la clavó en el ángulo.

–¡¡Gooooo!!! -gritaron todos en la tribuna.

Briana, Agostina, Dionela, Maite y Melody, emocionadas, se abrazaron y, al borde de las lágrimas, empezaron a gritar:

–¡Maty, Maty, Maty!

Matías, festejando a lo Messi, levantó sus dedos, alzó la mirada al cielo y dijo:

–¡¡Para vos, papá!!

Matías Romero

MIS CUCHIS Y SUS PRIMOS

Todo comenzó en Escocia, allí, cuentan los historiadores del lugar, que en el palacio de Edimburgo vivieron el rey Héctor, buen mozo y picaron; la reina Viviana, su fiel compañera y su hija, la princesa Melina, única heredera al trono y muy querida por toda la monarquía. La niña era morena, alta, con pelo lacio y tan largo que le llegaba hasta la cintura, una sonrisa cautivadora y alegre. Todos los días iba a juntar a un arroyo cercano unas piedras brillantes que coleccionaba para exhibirlas en alguna gala ante sus amigas del palacio. Pero, cada vez que iba, le llamaba mucho la atención el paisaje que estaba del otro lado. Al volver preguntaba a sus padres por qué nunca podían ir a conocer ese lugar que parecía tan hermoso.

Siempre obtenía como respuesta que no era un lugar para una niña, que allí se ocultaban grandes bestias feas, peludas y todo tipo de animales salvajes, por ese motivo, en el palacio nadie se animaba a explorar esas tierras. También cuenta una leyenda que todo hombre, mujer o niño que ingrese al bosque, se convertirá en una criatura fea y horripilante, con grandes manos, uñas largas y

deformadas, con unas inmensas patas con ocho dedos en cada pie. Y, que una vez, dos niños de su misma edad, no le hicieron caso a sus padres y fueron al bosque y nunca más volvieron.

La princesa se quedó con un poco de miedo, pero a la vez, llena de curiosidad, como todo chico. Unos días después, no aguantó más y decidió ir sola al otro lado, pese a las constantes advertencias que le hacían en el castillo, caminó y caminó por la orilla del arroyo. Mientras se acercaba a su objetivo, las correntadas eran cada vez más peligrosas. Cuando estaba por dar un salto, que la haría cruzar al otro lado, pisó una piedra con verdín haciéndola resbalar, perdiendo el equilibrio y cayendo al agua.

Melina, después de deslizarse varios metros, sin un destino más que el de las profundidades, para su suerte, se sostuvo de una rama de un árbol viejo. Inmediatamente, empezó a pedir ayuda, su voz era tan suave y angelical que llamó la atención de todos los animales del bosque, que no sabían de dónde provenía ese pedido de auxilio. Después de varios minutos, cuando la princesa no tenía más fuerzas para sostenerse, de la nada apareció una elefanta bebé

que usó su trompa larga como una especie de cuerda para envolverla hasta ponerla a salvo. La princesa no reaccionaba por toda el agua que había tragado, al darse cuenta, la elefanta, con sus pies pequeños del tamaño de una hoja de lechuga, apretó una y otra vez la panza de la princesa, hasta que por fin despertó. Lo primero que vio fue a la elefanta, se asustó tanto que abrió sus ojos más grandes que el de una lechuza.

Levantándose, rápidamente, se fue a esconder detrás de una planta de frutillas, cuando miró donde estaba el bebé, que también se fue a esconder, pero con una diferencia: era fácil de descubrirla porque se quiso ocultar, también, detrás de una palmera de cocos que no la ayudaba a tapar ni si quiera su trompa; dejando al descubierto medio cuerpo. La princesa, al notar que era inofensiva, empezó hacerle señas con las manos, como una malabarista, para poder comunicarse o que la entendiera. Al verla, la elefanta le preguntó por qué hacía esos movimientos raros, ¿sí tenía picazón o, tal vez, pulgas?

Al darse cuenta que la elefanta podía hablar, se sorprendió unos segundos, reaccionó con una carcajada

que se sintió en cada rincón del bosque. Los dos entraron en confianza. Salieron detrás de donde se ocultaban y se presentaron.

–Mi nombre es Melina, soy la princesa y heredera al trono del palacio ¿y vos, cómo te llamás?

–Soy la elefanta Solange, y vivo en este lugar que alguna vez fue mágico.

–¿Por qué decís que alguna vez fue mágico?

–Por que desde hace varios años, la primavera no florece, perdió su encanto, no se escucha a ningún pájaro cantor que vuela libremente anunciando la llegada de esa estación tan esperada, con sonidos fabulosos que daban vida al bosque. Pero éso ya se acabó, hoy vivimos con mucho miedo.

–¿Miedo a qué?

–Vení, acompañame, te voy a mostrar algo.

Las dos emprendieron un viaje, hacia lo más alto de la montaña. Sol, le dijo:

–En aquella cueva gigante y tenebrosa que ves allá, vive el dragón Tomás Cuco, es como de ocho metros de largo, con una cola tan fuerte que puede derrumbar un árbol de

un simple golpe. De su boca, llena de grandes colmillos, sale una inmensa bola de fuego que en menos de un suspiro, podría acabar con nuestro bosque.

La princesa, al escucharla, entendió, por qué se volvió tan triste ese lugar, de la noche a la mañana y le dijo:

–¿Pero... no habrá alguna manera de que convivan todos en paz? -la elefanta, le respondió:

–Ya lo intentamos, pero no hubo caso, el dragón, lo único que quiere de nosotros, es que tengamos el banquete preparado y repleto de frutas, panes, mieles y parte de nuestras cosechas, que con tanto esfuerzo la obtuvimos. Eso es lo único que nos salva de no ser atacados por Cuco. Ahora que ya sabés cuál es nuestra historia, vayamos a conocer a los demás habitantes del bosque, ellos se van a poner felices de que una princesa los visite. Aunque tengo que decirle que la mayoría son tímidos y otros gruñones, ojo, hasta que entren en confianza.

Esas palabras hicieron reír mucho a Melina. Cuando estaban llegando, la elefanta empezó a chiflar, una y otra vez, le dijo que de esa manera los demás se darían cuenta que ella no venía sola. Cuando ingresaron al bosque, Melina

quedó fascinada por sus chozas bajas y coloridas, toboganes, hamacas artesanales, lo que más le llamó la atención, fue el pozo donde sacaban agua, de ahí salían estrellas fugases, haciéndolo todo tan mágico y una gran variedad de rosas, jazmines y pétalos que caían del respirar de algún árbol enamorado. Melina le preguntó dónde estaban todos, Solange le respondió:

-Te dije, son un poco tímidos, esperá -la elefanta empezó a decir:- amigos del Bosque Encantado, salgan de donde estén, nos vino a visitar la princesa y es distinta a las demás personas del palacio.

A lo lejos, detrás de una planta de girasol, se escuchó decir al loro Daniel, uno de los más gruñones:

-Así dijeron los antepasados de esa muchacha y arrasaron con todo.

-Sí, sí, que se vaya -decía la lechuza, los conejos, los patos y otros más.

-Esperen, esperen -dijo la jirafa Cintia, una de las más sensibles y de buen corazón -preguntémosle a la sabia comadreja Trinidad, ella nos dirá la verdad -

automáticamente, todos salieron de dónde estaban para oír que opinaba.

–Acérquense, acérquense -decía Trini vamos a saber qué dicen los dioses.

Empezó a bailar y a hacer movimientos extraños, como si fuera que estaba haciendo karate, patada voladora, puño cerrado, y a hablar con una voz ronca que no se le entendía nada; algo más parecido a un aullido. Después de girar varias veces, cayó al suelo. Al levantarse, media mareada, dijo:

–Querida gente del Bosque Encantado, los dioses del Más Allá me comunicaron que la princesa es la que nos va a librar de este sufrimiento y de las garras del dragón -al instante, todos se arrodillaron ante ella.

Solange, dijo:

–¡Viva! ¡Viva la princesa! -ese día fue de mucha alegría, se los veía tan felices, porque, al fin, alguien los iba a proteger de Cuco.

Mientras, en el palacio todo era tristeza, se imaginaban que a la princesa se la habían llevado las criaturas peludas del bosque. El rey y la reina no comían,

se la pasaban llorando, igual que la gente del palacio; así fueron pasando los días. Melina era una más, se encariñaron tanto que la nombraron ciudadana ilustre del Honorable Bosque Encantado. Un día, Melina le dijo a la elefanta:

–Es hora de que enfrentemos a nuestra mayor amenaza, y vos vas a ser mi compañera, la elegida,

Y marcharon hacia donde vivía Tomás, caminaron y caminaron hasta que llegaron a la cueva, la princesa llevaba un arco con flechas de plata que se lo había dado la comadreja Trinidad. Y la elefanta Sol, en su trompa tenía dardos tranquilizantes que producían sueño. Ingresaron a la fría, oscura y tenebrosa guarida donde se encontraba Tomás, con pasos lentos y sin hacer ruido para que no los oyera. Al acercarse, cada vez más, las encandiló una luz muy potente que se apagaba y prendía con el respirar del dragón. Cuando los chicos vieron a Cuco que estaba durmiendo, con una mirada cómplice y luego de un fuerte abrazo, decidieron atacar por sorpresa.

Pero de la nada salió un dragoncito y con su lengua larga los lamió, empapándolos de baba. A puras carcajadas

las abrazaba y les decía *mamá, mamá*. Al escuchar a su pequeño con los intrusos, por el momento, el dragón se levantó furioso, pensando que su hijo estaba en peligro, comenzó a gritar como un loco: *¡Con mi hijo... nooo!* y comenzó a largar fuego, y con la cola rompía todo a su paso. Los chicos, al ver en ese estado a Tomás, tiraron las flechas, los dardos y comenzaron a correr. Para colmo, el dragoncito lo hacía a la par con ellos. Sin que se dieran cuenta, cuando estaban por salir de la cueva, se oyó la voz del bebé pidiendo auxilio. Los niños, al ver que se estaba por caer al vacío y al oír el pedido desesperante de Cuco, sin poder hacer nada, atrapado entre las rocas y diciendo: *Salven a mi hijo, por favor, es lo único que tengo*. Al escuchar esas desgarradoras palabras de ayuda, volvieron a rescatarlos, la elefanta estiró la trompa lo más que pudo, enrollando los pies de de la princesa que, con sus brazos finos, alcanzó al dragoncito, que no paraba de darles muestras de amor.

Entre los tres fueron a liberar a Cuco, lo hicieron rápido, porque la cueva, de tantos golpes recibidos, se estaba por derrumbar. La salida les quedaba lejos y era

casi imposible llegar a ella, para su asombro apareció el ángel Lionel, que con su belleza y sus poderes los protegió con una especie de burbujas hasta la salida y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció nuevamente. Cuando apenas lo hicieron se vino todo abajo, convirtiéndolo en polvillo.

Lo primero que hizo Tomás, fue abrazar y besar con mucha ternura a su hijo y le decía, una y otra vez, que pensó que nunca más lo volvería a ver. Después de unos minutos de tanto amor entre ellos, se dirigió hacia los héroes y les dijo que no sabía cómo pagarle por su acto de valentía. La elefanta le dijo que podía hacer algo, que deje al Bosque Encantado ser lo que hace muchos años fue, donde abundaba la felicidad, Cuco dijo: *Sí, sí*, y todos juntos partieron rumbo a donde se encontraban los demás.

Al llegar, la elefanta Solange y la princesa Melina, dijeron:

–Bosque Encantado, no hay que temer más al dragón Tomás Cuco, a partir de hoy será nuestro amigo y vivirá junto a nosotros.

Al escuchar lo que estaban diciendo, los pandas, el búho, conejos, patos y la comadreja Trini, estallaron en

alegría y festejaron al sonido de los caparazones de las tortugas y al silbido del pájaro cardenal.

Todo era tan perfecto, como lo había predecido Trini, la princesa, al verlos tan contentos, aprovechó ese momento oportuno y les dijo:

–Amigos, tengo que volver al palacio, mi familia me debe estar extrañando.

Todo quedó en silencio, hasta que a la elefanta se le ocurrió decirle:

–Melina, ¿por qué no vamos al palacio, y de una vez por todas dejamos de lado las diferencias que por muchos años nos tuvo alejados?

La princesa, emocionada y con lágrimas en su rostro, contestó:

–Sería algo espectacular, vayamos -y todos los habitantes del bosque se animaron a ir al palacio.

Cuando estaban llegando, sonaron las trompetas de guerra y pensaron que los iban a atacar y, en un segundo, todo se volvió un loquero, corridas, gritos.

El rey Héctor y la reina Viviana, trataban de tranquilizarlos: *No se desesperen, nosotros los*

protegeremos, cuando los arqueros de las murallas estaban por lanzar sus flechas en contra de la gente del bosque, del medio de ellos salió la princesa, diciendo: *Padre, madre, he vuelto.* Al escuchar la voz de su hija, los reyes dieron la orden de abrir el portón real del palacio, para ir dónde se encontraba su amada Melina. Al verla, le dieron un fuerte abrazo, tan emotivo fue que hizo llorar hasta el dragón Tomás y su bebé. La princesa le comentó a sus padres lo qué estaban viviendo la gente del bosque, y lo bueno que fueron con ella; el rey, al escuchar, muy atento lo qué decía su hija, dijo:

–Gente del palacio de Edimburgo, a partir de ahora la gente del bosque será nuestra amiga.

Al decir esas palabras, el cielo comenzó a abrirse suavemente en dos, y, por arte de magia, se formó un hermoso y espectacular arco iris iluminándolos, de él salió el ángel Lionel que lanzó estrellas de distintos colores sobre ellos. Convirtiéndolos mágicamente en personas. Desde ese día todos fueron una sola comunidad, conviviendo unidos y felices por siempre, recordando cada

vez que en el cielo brillara una estrella se encontraría su
ángel de la guarda...

MAXI ALVEZ

Uma, un amor imposible

Uma era la princesa más bonita que pueda haber existido en el reino de Loat, su belleza era tal que iluminaba todos los rincones del Castillo de Hierro. Tenía la atención de todo el palacio, su padre, el rey Loco y su madre, la reina Elena, le otorgaban todos los caprichos por ser la primogénita y heredera al trono de Loat. Todo marchaba de maravilla, el reino estaba en paz. Luego de muchas batallas, habían podido instaurar la armonía en el lugar, gracias a la audacia de su padre, por ser, a la vez, tan despiadado con los enemigos. Por su crueldad, nadie osaba cuestionar sus técnicas a la hora de reinar. Por ese entonces, se acercaba el gran baile real, donde toda la nobleza asistiría. A Uma no le importaba la fiesta, su padre, con gran astucia, lo usaría en beneficio político, para, así unir a su familia con el príncipe Mauro, del Gran Imperio Sureño y expandir sus tierras por muchos años más. Las mejores modistas de toda la comarca confeccionaron el vestido de la mejor seda traída de oriente por los mercaderes hasta el mercado principal. Al ser la más espléndida y radiante en la sala, su andar

encantaba a todos los presentes. Todos los nobles esperaban para saludarla y poder bailar un vals con aquella princesa que tantos suspiros producía al pasar. Pero su corazón tenía un dueño, un joven que, por su condición, no podía ser correspondido, era el hijo del herrero del reino y de una criada de la reina. Ellos se veían a escondidas de todos.

El único que sabía de su relación con ese muchacho, era su sirviente y fiel consejero, Augusto, éste le hizo, saber que tendrían que renunciar a todos los beneficios reales y su futuro acceso al trono de hierro por causa de ese amor imposible. En cuanto su padre se enterara, pondría el grito en el cielo y la confinaría en la torre húmeda y oscura de Los Lamentos, para que renuncie a tal locura. Por causa de ese amor, arruinaba los planes de su despiadado padre, este tenía arreglado su matrimonio con el príncipe Mauro. Estaban esperando que cumpla los quince años para así formar la alianza, unir los reinos y forjar el bienestar económico asegurándose su comodidad por varias generaciones más. Era la más hermosa que asistió a la fiesta. El príncipe Mauro, mientras bebía

cerveza, vio pasar a la joven y la codiciaba, pero la muchacha lo aborrecía. Se acercó y le declaró su amor en medio de todos los presentes. Llena de vergüenza y asco a la vez, quedó paralizada. Su padre, aprobando el gesto, alzó su copa dando el visto bueno a la propuesta y todos festejaron el anuncio. Fue en ese momento, cuando Uma, pudo reponerse y salió corriendo de la sala a toda prisa, no podía imaginar sus días al lado de ese borracho.

Se puso a llorar de tal manera, que crujió todo el palacio. Estaba escondida en el laberinto de ligustrinas, cuando apareció su amado. El humilde joven le secó las lágrimas.

–No llores, princesa, que arruinarás ese maquillaje hermoso que llevas, te propongo que vengas conmigo y vayámonos muy lejos de aquí donde podamos ser felices juntos. No tengo mucho para darte, pero te aseguro que te voy hacer la mujer más feliz de todas. Siempre serás mi reina y mi amor. Cazaré todos los días y formaré una casa de árboles para que sea nuestro palacio.

Al escuchar la propuesta de su amado, lo abrazó y se besaron de la forma más apasionada, el amor que se tenían

era tan grande que nada podía contra ellos. Fueron sorprendidos por dos guardias reales, y llevados frente al rey, que loco de ira por lo sucedido, la confinó en la torre húmeda y oscura, y al muchacho lo mandó ejecutar al instante. Desde entonces, Uma pasa los días en esa torre, ya no es la misma, su sonrisa se borró de su cara, quedando loca por lo sucedido.

El rey loco murió al tiempo, atragantado con un hueso de cordero en uno de los tantos festines que realizaban, donde contaban hazañas de combates y tramaban futuras estrategias bélicas, para que su dinastía predomine. Su madre, Elena, la liberó, del encierro pero dulzura de aquella niña quedó en la torre cuando la arrancaron de los brazos de su amado. Dicen que por las noches él alma de él la visita, y es cuando ella vuelve a ser la princesa más bella de todos los reinos...

Maxi Sánchez

PERDIDO EN EL AUCHAN

La víspera de Navidad ya se aproximaba, los niños de la provincia de Buenos Aires comenzaban a hacer sus cartas para el arbolito, donde, en esos renglones, le decían a papá Noel el regalo que ellos más deseaban, allí le contaban lo bien que se portaron todo el año y cómo les fue en la escuela.

Thiago, de 7 años de edad, no tenía a su padre, solo a su madre y sus abuelos. Vivían en Dock Sud, Avellaneda, era el único niño en ese hogar. Pero una tarde, al regresar del colegio, muy pensativo, le hizo un planteo a su madre que la dejó boquiabierta, aquel niño ya sabía que Santa Claus no existía, ella comenzó a explicarle que la Navidad no se trata de regalos, es una celebración donde la familia se une, y todo el esfuerzo dado en la escuela es recompensado con un obsequio. Y él, muy seriamente, le dijo:

–No digás que toda la familia se une, porque papá nunca viene. Nunca me regaló nada -y su mamá, sorprendida, le dijo:

–Yo soy tu mamá y tu papá, trabajo todo el día para que puedas estudiar y que nunca te falte nada. Por problemas entre nosotros, tu papá se fue, y no creo que vuelva, nos dejó solos con tus abuelos. Vos sos lo único que tengo, y me tenés que ayudar como el hombrecito de la casa, entendeme que hago todo lo que puedo.

Luego de esa charla, aquel chico continuó con su madre todo el camino rezongando. Las clases ya habían finalizado, era hora de ir de compras y aquella madre iría a comprar mercadería y, a escondidas de su hijo, buscaría aquel regalo que Thiaguito tanto esperaba; él sabía que su madre lo haría a escondidas suyas, por éso no dejaba de observarla. En un momento se distrajo y su mami ya no estaba. Comenzó a buscarla y más se perdió en el enorme Shopping. En su búsqueda, más desorientado se encontraba. Al llegar al patio de comidas, vio a unos niños de su edad, un poco sucios y con ropa vieja, se les acercó y un poco tímido, les preguntó:

–¿Ustedes también se perdieron? -uno de ellos, llamado Lucas, le respondió:

–Nosotros no nos perdimos, vivimos en la calle, no tenemos mamá ni papá. Y acá venimos sólo a buscar para comer.

Angustiado por lo que escuchó, les contó que vivía sólo con su madre y sus abuelos que ya estaban viejitos, y les pidió si lo podían ayudar a buscar a su mamá. Y así comenzó esta aventura que en tan pocas horas, fue el comienzo de una bella amistad. Thiaguito se sentía muy identificado con esos chicos. Aquel niño quedó pensando que aun, sin padre, tenía a su madre que trabajaba mucho para que a él no le falte nada, y que la amaba y en esos momentos la extrañaba. De pronto, las voces de los parlantes sonaron, diciendo:

–Thiago Gómez, presentarse en informes -sintió como que le volvió el alma al cuerpo

Los tres corrieron desesperados hasta ese lugar, al llegar, Thiago abrazó fuerte a su mamita. Y aquellos niños, al mirarlo, se les notó la angustia de no tener lo que aquel chico tenía. Dejó de abrazar a su mamá y le dijo:

–Estos son mis amigos, Lucas y Martín.

Su madre, al darse la vuelta, a simple vista se dio cuenta que eran chicos de la calle.

–Un gusto -les dijo- ¡cómo que son amigos?! Vamos, los llevo al Mac Donald's, y les voy a comprar una muda de ropa a cada uno.

En ese almuerzo, Thiago aprendió el valor de las cosas y sobre todo a no ser materialista, mucho menos, egoísta.

Hay muchos chicos que no tienen un hogar, mucho menos una familia. Hoy en día Thiaguito, todos los sábados, se encuentra con sus amigos en el Shopping y comparten un almuerzo.

Renzo Coria

La bella princesa

Cuenta la historia que en un bosque encantado, precisamente en el reino de Escocia, existía un castillo donde vivía lord Robert y su pequeña, la princesa Isabella. En los alrededores del lugar habitaban infinidad de animales y como si fuera poco, en ese sitio, también, había una comunidad de gnomos, los llamados Duendes Verdes, que moraban en la copas de los árboles y custodiaban todo lo que los rodeaba. Todos ellos eran fieles al lord, también muy amables y cariñosos con la pequeña, la que los cautivaba con su belleza. En ese castillo vivía también la nodriza que se encargaba de cuidar a la chica, ella era una señora mala llamada Bruji, muy fea y con nariz de bruja. Cada vez que tenía oportunidad, desataba su ira hacia la pequeña por ser muy hermosa. Cierta día, lord Robert tuvo que hacer un largo viaje a una ciudad del reino de Jaasan en busca de tesoros que le pertenecían por herencia; aunque el máspreciado era su amada hija. Lo que nunca se imaginó fue que su viaje era lo que estaba esperando la fea de Bruji y sobre todo su oculta hija Kendra. Ya con el padre de viaje, comenzaron con su maléfico plan, que

consistía en apoderarse de la fuente de la belleza, que se encontraba en el centro del bosque, custodiada por un enorme oso pardo y su pequeño hijo llamado Benicio, que junto a su padre eran los encargados de custodiar el lugar sagrado.

La nena solía tener aventuras con su gran amigo Isaías, su amigo y compinche en todas las andadas. Al llegar la noche, Bruji le ordenó a la pequeña que se vaya a su cuarto a dormir. Así comenzó la venganza. Ya dormida, hizo entrar a su hija, a la que con sólo observarla, se le veía maldad en sus ojos.

– Pasa, pasa, hija mía, pero no vayas hacer ningún ruido que vaya a despertar a esa malcriada.

– Já, já, já, no sabes lo qué le espera -exclamó sonriente Kendra.

Y se marcharon murmurando por lo bajo, hacia la gran cocina que había allí. Desde ese lugar planearon sus fechorías, tan sólo porque la niña era demasiado bonita y ellas querían hacerla sentir fea como ellas. Pero de lo que no se dieron cuenta, es que Isaías, el pequeño duende, las

estaba escuchando, y corriendo velozmente fue avisarles a los demás gnomos los planes de las dos malvadas.

Éstos, de inmediato, pusieron en sobreaviso al gran oso pardo y planearon como defender el lugar sagrado. Mientras, madre e hija, ya preparadas para dar el zarpaso y comenzar su venganza, entraron a la habitación de la princesa y la ataron de pies y manos, dejándola encerrada en un viejo baúl que allí había. Después de encerrarla se dirigieron rumbo al bosque en busca de la preciada fuente, pero grande fue su sorpresa al llegar al sitio. Todos los animales y duendes las estaban esperando, menos el oso y su hijo Benicio, que habían ido al palacio a rescatar a la bella Isabella. Una vez ya liberada, salieron apresurados rumbo a la fuente, al llegar se encontraron con varios duendes y otros tantos animales convertidos en piedras por los conjuros que lanzaban las dos brujas malvadas, montadas en sus escobas. Sus risas burlonas resonaban por el aire.

–¡Já, já, já, já! Así los vamos a dejar a todos los que se interpongan en nuestro camino.

Asustados, todos los que estaban en el lugar comenzaron a huir, mientras el oso pardo, su hijo y la princesita observaban escondidos detrás de unos matorrales

Isa, angustiada, quiso intervenir, pero el gran oso le dijo:

–No, hermosa, déjalas, no te muevas de aquí.

–Pero ellas se van a apoderar de la fuente de la belleza

-le dijo la princesa. El oso le contestó:

–Tú, quédate tranquila, pequeña, y veraz lo qué les ocurre -ella lo miró asombrada.

Mientras, las dos malvadas ya se habían bajado de sus escobas y, paradas frente a la fuente, repetían una y otra vez:

–¡Es nuestra, lo logramos! Ahora sí, a zambullirse y que la belleza nos invada.

Pero no sabían que la fuente solo brindaba belleza a las personas puras de corazón, así que al meterse, en vez de belleza, lo que tuvieron fue tamaña sorpresa, se volvieron más feas y viejas. Kendra, con el pelo como alambre y Bruji

con la nariz más fea que antes. Y así, derrotadas, se marcharon con la promesa de vengarse.

Esa noche hubo una divertidísima fiesta en el bosque, todos alegres festejaron hasta que los sorprendió la mañana, tan hermosa y radiante como la princesa de este cuento.

Robert Álvarez

LAS PRINCESAS VALIENTES

Había una vez, tres princesitas que vivían en un gran castillo, con muchas torres y ventanas rodeadas por un lago, muchos pajaritos y animales muy bonitos en el Valle de la Ternura, donde reinaba la paz y la alegría para que puedan jugar y divertirse durante todo el día.

Ellas tres eran muy hermosas, sus nombres eran Florencia, Zoe y Mía, y siempre ganaban todos los torneos de belleza del gran castillo. Les gustaba jugar por los pastos verdes y debajo de los árboles de frutas, competían para ver quién agarraba el fruto más alto. Además, se divertían cazando mariposas de colores.

Pero un día, mientras las tres hermosas princesas jugaban, vieron llegar a cuatro caballeros a caballo, con armaduras negras, que se pararon en la puerta del castillo. Llamaron a su papá, el Rey. Él salió y los caballeros se lo llevaron hacia las cuevas oscuras de las Montañas Embrujadas, en nombre del gran Ogro Malo. Las princesas lloraron muy tristes con su madre, la Reina del valle, durante días, sin que ningún caballero amigo del rey lo rescate. Entonces, con gran valentía, decidieron ser ellas

quienes trajeran de regreso a su papi para que su madre deje de llorar y vuelva a ser feliz con su amado rey.

Así que se vistieron con las armaduras de la realeza y emprendieron viaje hacia las cuevas donde vivía el Ogro Malo que había mandado a buscar a su papá.

Las tres princesas valientes, sin miedo cruzaron el gran pantano, donde se encontraron un hada que las acompañó a cruzar el bosque embrujado, sin miedo, sólo pensando en volver a ver su padre, sin medir ningún peligro. Allí, con gran valentía, lucharon con los caballeros negros que se habían llevado al rey del castillo y gracias a la ayuda de un hechizo, los cuatro, quedaron encantados y jamás volvieron a hacerle daño a nadie.

Una vez que llegaron a la cueva del Ogro Malo, ellas entraron muy despacio y, en puntitas de pie, para que nadie las escuche, encontraron al rey. Con los poderes del hada, abrieron la puerta y lo liberaron. Ya, una vez libre, le dieron su espada y salieron de la cueva. En cuanto salieron los estaba esperando el Ogro, y fue entonces, donde el rey combatió en una gran lucha, en la cual demostró una gran destreza, porque el ogro era mucho

más grande que él y más fuerte; pero al ser más ágil, saltó arriba de una roca, y estando a la misma altura, intentó saltar sobre él, pero el ogro lo golpeó dejándolo inconciente. Aprovechando eso, el malvado del ogro quiso tomar prisionero, nuevamente, al rey; pero su hija Mía, la princesa más chica y consentida, le arrebató la varita mágica al hada y lanzó un hechizo al ogro, haciéndolo bueno y bondadoso. Y así venció a la maldad de esas oscuras cuevas y pasaron a formar parte del Valle de la Ternura.

Y desde ese día volvió a reinar la paz y tranquilidad en los bosques del gran castillo y las tres princesas valientes fueron felices con su amado papá, el rey.

SANTIAGO FERNÁNDEZ

Princesa ojos de chocolate

Una suave caricia despertó a Bahiana, la reina Micaela, era su madre que muy enferma acompañaba aquella mañana a la princesa, que siempre despertaba feliz, excepto aquel día; Ojos de Chocolate sabía que emprendería esa difícil búsqueda. La princesa buscaría a su rey perdido. Él, la protegía de todo mal que la rodeaba; sin embargo, ahora que no estaba con ella, corría riesgo de que Marisapo, bruja de los hechizos, la pudiera atacar. Se levantó de su cama, se preparó y colocó su colgante mágico en su cuello. Caminó hacia la casa de su prima Valentina, en el camino escuchó el cantar de su amigo Pepe, un sapo que cantaba todas las mañanas para alegrar sus días.

–Hola Pepe -le dijo con mucho cariño la bella.

–Hola, princesa, te estuve esperando desde el amanecer.

–¿Me estuviste esperando?, ¿cuál es el motivo?

–Escuché que el rey se encuentra muy cerca de aquí.

–Contame más, Pepe.

–Dicen que se encuentra por el Valle de la Perdición.

–Tendré que apurarme. A pocos metros vive Marisapo, espero que no lo encuentre primero.

–Ojos de Chocolate, tené mucho cuidado, recordá una sola cosa: en contra de los hechizos deberás decir las palabras mágicas "Sol, mar y tierra, quita todas las piedras".

–Seguro, amigo, no lo olvidaré.

Siguió con su búsqueda y a unos pocos metros del castillo de Marlan y demasiado ansiosa, porque allí vivía su querida prima Valentina. Frente a él pudo notar que en la ventana de su habitación, ella miraba hacia el bosque. Gritó para que la escuchara:

–¡Valentinaaaa!

–Ahí bajó -contestó con otro grito.

Pegó un salto, y se desplazó como una hoja cuando cae de un árbol.

–Hola, Bahiana, ¿qué hacés por aquí?

–Voy en busca de mi rey, que se encuentra por el Valle de la Perdición.

–No vayás, princesa, fueron pocos los que entraron a ese valle y pudieron salir con vida.

–Sí, tranquila, solamente voy a cuidarme de la bruja Marisapo que anda merodeando por esos árboles.

–Tomá, llevate ésto, cuando tengas algún problema lo tocás y yo podré sacarte de aprietos, es mi amuleto de la esperanza, me lo dio mi madre.

–Gracias, Valentina, seguiré mi camino.

Siguió más apresurada, pudo ver desde las afueras el Valle de la Perdición, pensó si estaba preparada, solamente respiró profundo y dejó de lado sus dudas, entró, había empezado a oscurecer, sintió ruidos extraños por encima de ella y a sus alrededores. Tomaba fuerte su collar e iluminaba los caminos de tierra. En un abrir y cerrar de ojos, se le apareció un búho, y le advirtió:

–Ojos de Chocolate, fui enviado por la reina.

–¿A qué viniste?

–Tu madre me dijo que te guiara por el camino que te llevará al rey, es aquel, vas en dirección contraria, mi querida princesa.

–Muchas gracias, búho, y decile a mi madre que pudo acompañarme.

–Ella se encuentra enferma bajo un hechizo maligno, valiente pequeña.

–No lo sabía, ¿por qué no me lo dijo?

–Por no interrumpir tu búsqueda, princesa.

Llorando, lo dejó atrás, retomó el camino indicado por el búho. A varios metros se ampliaba un pantano, en medio de él, una choza. Asustada lo atravesó con su mirada hacía abajo. De fondo, se escucharon risas macabras, éso apresuró más a la valiente, de pronto, vio pasar algo por el cielo, muy veloz. La bruja, aterrizó con su escoba y su pelo blanco, aparte de su gran nariz y su lunar en su cara, y le dijo:

–Estás perdida, princesa -le aseguró a carcajadas.

Ella corrió desesperada, recordó que su prima le obsequió un amuleto, algo nerviosa lo apretó, rápidamente apareció ella.

–Te dije que seás discreta por dónde caminás, corré, yo trataré de calmar a la bruja -y la empujó.

Dejó atrás y, en problemas, a su prima, enfrentándose a la bruja Marisapo. Continúo por esos pasadizos del valle, sin mirar atrás. Escuchó una voz que

suplicaba ayuda. Saltando y esquivando enredaderas fue a ese lugar, era su rey, que atado a un hechizo se encontraba en un pozo con sus manos y pies amarrados.

Se desesperó de emoción y alegría por encontrarlo y le dijo:

–Estoy aquí rey, vine a buscarte.

–Princesa, sabía que vendrías.

Lo desató, se abrazaron, muy alegres y ella le sugirió salir del pozo, él, un poco desentendido le preguntó:

–¿Por qué viniste sola a este lugar, Ojos de Chocolate?

–Mi madre está muy enferma, y no me pudo acompañar.

–Hija, sos muy valiente al venir aquí, ahora regresemos antes que empeoren las cosas.

Ella, contentísima con su padre, continuaron, pero cortándoles su felicidad. Se escucharon las risas de la bruja que se acercaba desde el cielo, flotando con su escoba, les advirtió:

–No podrán escapar de aquí, ahora quedaran los dos en el pozo maniatados para toda su vida.

–Ni siquiera lo intentés Marisapo -dijo el rey poniéndose delante de la princesa.

– Por la malicia de las brujas, que este hechizo no se rompa- atacó la malvada.

En ese momento, Ojos de Chocolate escuchó la voz de su amigo Pepe.

–Princesa, ahora, pronuncia la palabra mágica.

En voz alta gritó: *"Sol mar y tierra quitá todas las piedras y hechizo de mi camino"*. Y revirtió el hechizo malvado de la bruja.

–Noooo... -gritó Marisapo, transformándose lentamente en una bella mariposa. Muy impresionada, la joven abrazó a su rey.

–Lo hiciste hija, sos muy fuerte, pudiste vencerla sola.

–Todo ésto fue por vos.

Ya, lejos de todo mal, él le aconsejó volver a casa a buscar a su madre.

Llegaron al palacio, la reina se encontraba tirada en la cama, muy enferma, profundamente dormida y alucinando, a punto de morir. El rey ordenó que no la despierten, se acercó lentamente y puso sus manos en el corazón de la reina, repitió las palabras mágicas de la princesa: *"Sol,*

mar y tierra quietá las piedras de mi camino y quitá todo hechizo malvado de su corazón”.

La reina despertó, su piel recobró su color, su primera imagen fue el rey en su habitación junto a la princesa Ojos de Chocolate, sonrió, corrió a abrazarlos y mirándolos les dijo:

–Solamente quiero vivir a su lado –se abrazaron alegres y se prometieron nunca más separarse.

Muy felices, continuaron sus vidas eternas. Ojos de Chocolate no podía creer que tenía a sus padres juntos, ahora ella sí despertaría feliz, con una caricia de su madre junto a su padre.

Santiago Medina

El bosque mágico

Todo ocurrió un día mientras disfrutaba de sus merecidas vacaciones escolares. Román, como de costumbre, fue a buscar a Elías, su compañero de aventuras, para ir a pescar al bosque que habían descubierto días atrás. Al llegar a la casa de su amigo, luego de llamarlo varias veces y no recibir ninguna respuesta, supuso que habría salido alguna parte con sus padres, así que decidió ir sólo.

Después de caminar largas cuerdas, logró ver la copa de la arbolada, eso indicaba que faltaba poco para llegar al bosque, siguió rumbo a él imaginando los peces que iba a pescar, *"espero poder sacar un pez grande para mostrárselo a Elías"*, pensó. Cuando llegó al lugar, buscó un buen sitio donde poder acomodarse, encontró una gran roca, dejó la latita en la que tenía las lombrices que usaría de carnada al lado, también, puso el tacho en el cual metería los peces. Pasaron unos treinta minutos sin poder pescar nada, entonces decidió cambiar de lugar. Caminando un tramo más adentro del bosque, pudo ver la raíz de un árbol que pasaba por encima del arroyo, creando

una especie de puente, justo encima de ella, pegaba un rayito de sol y dijo: *"este es el lugar perfecto"*, dejando sus cosas a la orilla del lago. Tiró el anzuelo al agua y no pasaron ni tres minutos que picó una mojarra, se desesperó haciendo fuerzas con sus manos hacia arriba, muy rápido, pero el pez se había escapado. Entusiasmado, volvió a lanzarla al agua, luego de un rato, la boya se empezó a mover, *"esta vez no te vas a escapar"*, susurró Román sacando la línea. De nuevo se había escapado, pero ahora, el pez lo había burlado: le comió la lombriz. Fastidiado volvió a poner la carnada en el anzuelo, sumergiéndolo en el agua; de inmediato picó un pez, *ahora no se escaparía*. Mientras se hundió la boya, él movió la caña, a la tercera hundida pegó un tirón y logró pescar una mojarra. Contentísimo caminó hacia el borde para meterla en el tacho, de regreso al agua tiró la línea al arroyo, después de unos cuantos segundos logró sacar otra mojarra, pero ésta era diferente: tenía bigotes casi del mismo tamaño que el pez, lo puso en el mismo recipiente, encarnó el anzuelo y volvió a pescar otro; así estuvo un largo rato. Ya tenía aproximadamente unos quince peces,

todos de distintos colores y varios tamaños, pero ninguno grande. Ya, con la caña en el arroyuelo, sacó un pez muy feo, de grandes dientes *¿será una piraña?* Se preguntó. Tuvo miedo de que al meterla con los otros pescados pudiera comérselos, así que la devolvió al agua, había pasado un largo rato desde el último pez que pescó, ya le quedaba poca carnada, también se estaba haciendo tarde, pero ocurrió algo maravilloso: sacó un pez mágico. Al momento de pescarlo se dirigió a la orilla a quitarle el anzuelo para meterlo junto a los demás. En ese instante se le escapó de las manos cayendo al suelo, saltando de un lugar a otro, parecía que quería llegar al arroyo, cuando logró engancharlo otra vez, le pareció escuchar una voz finita que dijo:

–Te concederé tres deseos, pero luego tienes que devolverme al arroyo de donde me sacastes.

Román no podía creer lo que estaba pasando, confundido se fue a su casa, después de correr varias cuadras logró llegar, con un hilo de voz llamó a su hermana.

–Samu, Samu, vení -al verlo, ella le preguntó:

–¿Qué pasó, Román?

– *Mirá todos los pescados que pesqué - mientras le mostraba el tacho, esperando a que el pez volviera a hablar para asegurarse de que no había sido su imaginación.*

Fue entonces, que el pez repitió las palabras:

–*Devuélveme al agua de la que me sacaste y te concederé tres deseos.*

–*Román, ¿escuchaste? el pececito habló -comentó su hermana muy entusiasmada.*

–*Sí, hoy cuando lo pesqué también creí que había escuchado algo, por eso te llamé a vos.*

–*¿Será cierto que puede cumplirnos deseos? - preguntó ella.*

–*No sé, capaz es mentira, mirá si un pececito te va a cumplir deseos -agregó él.*

–*Pero habló, y los peces no hablan, nene.*

–*Sí, pude ser, pero no estoy muy seguro, pidámosle un deseo para ver si dijo la verdad, y si nos mintió, se lo damos al gato.*

–*Está bien -respondió Samara.*

–*Bueno, ¿qué le pedimos? -le preguntó su hermano.*

–No sé, habría que pensarlo bien, porque si dijo la verdad, perdemos un deseo, seguro es mentira, vamos a pedirle que arregle tu tablet, y pobre de él si no lo hace - susurró Román.

–Sí, dale, pidámosle éso -afirmó ella.

–Ayúdame a cambiarlo de tacho para ponerlo solo - enseguida la nena trajo el frasco de las galletitas y lo vació en el suelo.

Lo llenaron de agua y metieron al pez parlanchín, cuando le pidieron el primer deseo empezó a girar en forma de círculo causando una especie de mini tornado dentro del frasco. Ni bien se detuvo, la tablet de Samara funcionó y ella muy entusiasmada dijo:

–Era verdad Román, tenemos un pez mágico.

Su hermano quedó boquiabierto, no atinó a soltar ni una palabra.

–Pidámosle que me arregle la rueda del cochecito de mis muñecas.

–No es un pez mecánico, nena -agregó él.

–Ufa, sos re egoísta, le voy a contar a mamá que tenés un pez mágico y no me dejás jugar con él.

-No podemos gastar el deseo en éso, yo te voy arreglar la rueda pero no le digás nada a nadie, Samu, pero a nadie ¿entendiste?

A la hora de la cena, llevaron el pez a la mesa, no lo tenían que descuidar ni un segundo, o el gato podría comérselo, mientras hacían zapping buscando algo interesante que ver, su madre dejó en TYC SPORT, porque jugaba Boca, equipo del cual eran simpatizante todos en la casa.

-Má ¿quiénes son los de remeras rojas? -preguntó Samara.

-Independiente, hija, mirá callada -faltando cinco minutos para que terminara el partido, Independiente le hizo el segundo gol.

Boca tuvo la posibilidad de achicar el marcador, pero Centurión se comió el gol, terminó el primer tiempo perdiendo dos a cero, Román estaba muy enojado, dijo:

-Siempre perdemos con todos los equipos, cuando vamos a ganar algo, si no sale campeón este año me hago de River.

–Tranquilo, papi, no te enojés, son rachas -agregó su madre- en el segundo tiempo lo damos vuelta.

–Ojalá, má, pero que lo saquen a Centurión -contestó él.

Quando empezó el segundo tiempo todo siguió igual, terminó perdiendo tres a cero. El nene se fue a dormir sin terminar su cena, con los ojos llenos de lágrimas, su hermana lo escuchó llorar en medio de la madrugada y su llanto no la dejó pegar un ojo.

Al otro día, mientras desayunaban, ella pensaba en su querido hermano, no quería que sufriera porque su equipo era un perdedor, entonces decidió pedirle al pececito que sacara campeón a Boca ya que para su hermano era muy importante, pero el pescadito le dijo que no era tan fácil cumplir ese deseo; era más sencillo hacer aparecer tres carretillas de oro, llenas de diamantes.

–Yo no quiero tres carretillas de oro, quiero que Boca salga campeón para que mi hermano no esté triste ni se haga de River.

–¿Ése es tu deseo?, entonces te lo voy a cumplir -igual que en el deseo anterior, comenzó a girar en el tarro, haciendo una especie de remolino.

El fin de semana volvió a jugar Boca, pero él ya no quería ver el partido, no podía desilusionarse otra vez.

–Román, vamos a mirar el partido -le dijo su hermana.

–No -respondió él -yo me voy a jugar a la Play con Elías.

–No seás así, que mami compró papas fritas para comer mientras lo miramos, aparte, hoy vamos a ganar, acordate.

–Está bien, lo voy a mirar por ustedes.

Desde ese día, Boca no dejó de ganar un partido. El niño, entusiasmado les dijo:

–Si le ganamos a Vélez, el otro fin de semana salimos campeones, Samu.

Así fue, le ganó tres a uno y dieron la vuelta en la Bombonera.

Les quedaba un deseo todavía, pero no se decidían en qué lo iban a gastar. Al pasar varias semanas se pusieron de acuerdo en que su último deseo sería que curase la enfermedad de su abuela, así podía seguir jugando con

ellos los fines de semana, como lo hacía de costumbre; por suerte, para ellos, el pez cumplió, y al siguiente domingo se los pudo ver jugando en la plaza.

A la noche el pececito no los dejó dormir reclamándoles que cumplieran su parte. A la mañana siguiente, los hermanos fueron al bosque a liberarlo, cuando llegaron al arroyo lo soltaron en el agua. Se quedaron observando como el pez se alejaba rápidamente hasta que lo perdieron de vista.

Sebastián Soto

EN BÚSQUEDA DEL SOL

Esta historia se remonta a tiempos pasados, a un pueblo llamado Lago Blanco, allí vivía una princesa con sus padres, la reina Sara y el rey Roli. Eran tiempos difíciles, porque hacía muchos años que no salía el sol por una maldición que dejó aquella mujer de ropa negra, mirada fija y risa muy tenebrosa.

El rey, al ver a esta mujer todo el tiempo que miraba a Valentina, decidió desterrarla de su reino. Ella maldijo el lugar, y con su partida dejó a oscuras al pueblo. El tiempo pasaba y nada cambiaba. La niña crecía en la nieve que caía todos los meses, sea verano o invierno; jamás salía el sol, así fueron pasando varios años, hasta que la princesa, ya grande, reunió varios soldados para ir en la búsqueda de ese sol que tanto quería conocer.

Pasaron tormentas de nieve que congelaban hasta sus huesos, así, días enteros. Una tarde no podían más sus caballos, y decidieron ocultarse dentro de una cueva donde, sin querer, Valentina encontró una lámpara, y mientras la limpiaba, de ella salió alguien muy simpático que exclamó: *"Porque me sacaste de este encierro, te voy*

a conceder tres deseos". La princesa muy sorprendida, sin entender lo qué pasaba, atónita casi sin voz por el asombro, le preguntó:

– *¿Quién eres?*

– *El protector de lago blanco* -sin entender todavía, Valentina le dijo:

– *¿A qué has venido?*

– *Ya te lo he dicho princesa, a concederte tres deseos*
-entonces ella le contó de los problemas que sufría su reino y el hombre de la lámpara le dijo:

– *Usted, mi lady, si quiere que su pueblo vea al sol salir por el horizonte tiene que buscar la piedra mágica de la copa* -la princesa muy sorprendida, preguntó:

– *¿Qué es lo que dices?, no te entiendo*

– *Ja, ja, ja,* - rió el hombre, y la joven le dijo:

– *¿De qué te ríes?*

– *De usted* -ella seguía sin entender.

– *Sólo voy a preguntarle si me puedes ayudar* -él se volvió a reír y le contestó:

– *Sí, princesa, tú te convertiste en mi reina desde que me liberaste, estoy a tus pies* -ella, con una suave sonrisa y su mirada tierna, exclamó:

– *Entonces vamos en camino, no hay tiempo que perder* -el genio de la lámpara le respondió:

– *Así, no podemos cabalgar, mi lady.*

– *¿Y cómo vamos a llegar a la piedra mágica?*

– *Tenemos que ir volando.*

– *¿Cómo lo haremos?* -preguntó Valentina.

– *¿Se acuerda de los deseos, princesa?*

– *Sí, lo recuerdo.*

– *Entonces, pida uno, princesa.*

– *¿Y qué puedo pedir?* -le preguntó al genio, y él respondió:

– *Que todos sus caballos vuelen* -le hizo caso, y sus animales cambiaron de forma.

Le salieron alas de sus espaldas, tomaron vuelo hacia el horizonte, pasaron varias horas volando, hasta llegar donde se encontraba oculta la piedra. Luego de pasar varias trampas encontraron el precioso objeto. Pero antes de tomarla, apareció la mujer de la ropa oscura y le dijo

que se detenga. Valentina no le hizo caso, tomó la piedra y la puso frente a ella; la mujer de ropa oscura se arrodilló y le entregó la copa. Donde la princesa puso la piedra mágica y pidió el deseo: Que su pueblo vuelva a ver el sol, en ese instante, el cielo adquirió un color rojizo, jamás visto sobre la tierra, las lámparas se apagaron como por arte de magia. Al mismo tiempo que la mujer de ropas oscuras se esfumó, dejando solo cenizas en el piso, la princesa, aterrorizada, pero a la vez contenta, porque pensaba que la maldición había llegado a su fin. Decidió regresar a su ciudad, en donde se encontró que todo estaba igual, la nieve seguía cayendo sin parar, así estuvieron varios días. Hasta que una mañana, el sol empezó a acercarse por el horizonte derritiendo toda la nieve. Los reyes saltaron de alegría, porque su hija pudo derrotar la maldición que tanto hizo sufrir al pueblo. Pasaron dos meses de su travesía, y en su reino era todo alegría. Nuevamente había vuelto el sol y con él el calor que necesitaban. Los reyes le hicieron una cena para honrar a la princesa Valentina por haber traído la luz a la ciudad nuevamente.

Sergio Arce

LOS PEQUEÑOS HÉROES

Todo comenzó un tercer domingo de agosto, del año 2017, como todos sabemos, esa es la fecha que la mayoría de los niños esperan, no sólo para ser reconocidos en su día, sino, por los tan anhelados obsequios que tan felices los hacen. A muchos chiquillos les gusta pasear, echar de ver nuevos lugares que atrapen su atención y complazcan ese entusiasmo de conocer, todo lo ajeno a casa. En esta ocasión, conoceremos la magnífica aventura de dos chicos hermosos, que les encanta divagar en la vía pública, uno se llama **Tahiel** y su acompañante, a la vez hermana, de nombre **Zoe**. Con la compañía y ayuda de su madre, se alistaron para emprender su nuevo viaje exploratorio, esta vez, el destino sería la ciudad desconocida ubicada en el universo escondido de Tecnópolis. Ya todo estaba listo para partir, así que, en unos minutos, comenzaron su travesía.

Después de un largo viaje en el colectivo verde y rojo, se encontraron con lo que tanto los intrigaba, esa ciudad, todavía para ellos desconocida. Entendieron que los rumores de sus compañeros de colegio eran ciertos, esa

ciudad existía y ellos, lo estaban percibiendo con sus bellísimos ojitos. Misteriosos juegos y laberintos, conformaban el incomparable parque, pero ellos fueron los únicos en experimentarlo y comprobarlo personalmente. En ningún momento paraban de deslumbrarse con lo que estaban viendo, muchos aviones espaciales con diferentes colores, simuladores de paracaidistas con asientos, que al sentarse, parecían reales; robots del futuro contestadores de preguntas; dinosaurios que gemían al moverse; gigantes peceras con animales acuáticos; un salón donde aparecían galaxias con todos los superhéroes que veían en la tele volando en su interior; y lo más magnífico que sólo una vez al año se presenta solamente en ese lugar, la misteriosa " casa de los deseos".

Los hermanos estaban en total desentendimiento sobre ese lugar, pero, al ingresar, una voz de fondo les preguntó qué deseaban. El varón pidió ser el Hombre Araña, para proteger al barrio de las garras del Hombre Verde. La niña pidió ser la Hada Rosada, para que con su varita mágica, colaborar con las necesidades de las calles, ayudando a todos los que más la necesiten. Al salir del cuarto de los

deseos, comprobaron que lo exigido fue concedido. El niño araña, revoloteaba por todos los ángulos del lugar, arrojando de su muñeca un tejido blanco que le permitía aferrarse de los edificios, saltando de lado a lado con un grito de *iiiupii!!* Por otro lado, la princesa transformaba las casas rotas, en casas totalmente nuevas para desamparados sin hogar y convertía todos los espacios verdes en plazas para que todos los niños se diviertan. Con su magia regalaba caramelos, chocolates y todas esas golosinas que tanto les gustaban.

Los hermanitos pasaron a ser los más amados por los chicos de Lomas de Zamora. Los mayores dejaron de regalarles caramelos para pedirles soluciones a sus problemas, por lo tanto, al pasar los días, convirtieron su barrio en el más perfecto de todos, muchas plazas, parques de diversiones, tablets para todos y kioscos que regalaban golosinas las 24 horas del día. Los habitantes de la ya, perfecta Lomas, expresaban su total orgullo por los pequeños héroes, al darse cuenta de éso, los magníficos tuvieron un plan. Ése fue llevar su colaboración a todas las localidades de Argentina y, al darse cuenta que

todavía tenían tiempo, siguieron con los demás países, hasta terminar con el último y cumplieron el sueño de todas las personas del planeta. Gracias a Taniel y Zoe, el mundo pasó a ser el más perfecto que podía existir, con todos sus habitantes contentos y libres de problemas.

Hoy, los jóvenes se encuentran con su madre, descansando en su tierra natal de Buenos Aires, esperando que su último deseo termine de cumplirse, que su padre vuelva del trabajo, para volver a ser la familia más feliz del mundo, como hace varios años atrás, lo fuimos...

Feliz día para todos los niños del mundo...

Sergio Moreno Bara